

HICKEY Y PELLIZONI, MARGARITA (1740–1791)

ROMANCES

1.

Novela Pastoril, puesta en verso en este Romance, en agudos.

Vivía Fili contenta
en la mansión del amor,
llena de gozos el alma
sin sustos el corazón.

Pastora de Manzanares
en cuya amena región,
fue adorno de sus riveras,
de sus campiñas honor.

Tan hallada con su suerte
gustosa con su elección,
que en el mundo no creía,
pudiera haberla mejor.

No la atormentaban celos,
desconfianzas, temor,
que amaba correspondida
a su discreto Pastor.

Muchas veces corrió Febo
su vuelta ardiente y veloz,
sin que su fe padeciese
la más leve alteración.

Asombro de las Pastoras
que Manzanares miró
en sus frondosas orillas
era el amor de los dos.

Pero en fin la envidia aleve
la envidia, cruel y atroz,
rabiosa de que en mortales
hubiese tan dulce unión.

A Silvio Pastor gallardo,
de tanta dicha señor,
sólo porque era dichoso
a ausencia le condenó.

Que para la envidia torpe
que se ceba en el loor,
el tener mérito o dicha
es el delito mayor.

La constancia en esta ausencia
de Fili, no peligró,
porque tenía en el alma
arraigada su pasión.

Antes de este contratiempo
mayores fuerzas cobró,
cual suele oprimido el rayo
abrasar con más ardor.

Quien piensa, que en nobles pechos
puedo lograr el rigor,
disminuir el cariño,
que engañado lo pensó.

Que antes le aumenta quilates
pues la nobleza de amor
crece perseguido uniendo
el amor la compasión.

La ausencia de su querido
dulce amoroso Pastor,
suplía de Fili amante
la tierna imaginación.

Representándose en ella
tan finamente su voz,
gesto y semblante, que a veces
que hablaba con él creyó.

Tan vivamente su imagen
le presentaba el amor,
que en vez de ausente presente
mil veces le imaginó.

Todo cuanto amable veía

le acordaba su Pastor;
si los corderos balaban
movidos de su afición.

Si el cervatillo jugaba,
si la hermosa amante flor
seguía fina los rayos
del que en ellos la abrasó.

Si la tórtola gemía,
si el pajarillo cantor
publicaba con gorjeos
los contentos de su amor.

Si el céfiro susurraba
de Flora amante al rededor,
en todo imágenes veía
de su amorosa pasión.

Y todo la recordaba
de su Silvio la expresión,
la ternura, los afectos,
el cariño y el ardor,

con que a sus pies tantas veces
postrados en ellos juró
que más allá de la muerte
viviría su afición.

Los Pastores a porfía
luego que Silvio marchó
de esta gallarda Pastora
pretendieron el amor.

Mas en vano lo intentaron,
aunque no hubo Pastor,
ni Zagal en la rivera
que osado no lo emprendió.

Porque era Fili Pastora
desde su primer albor
celebrada en Manzanares
de hermosura y discreción.

Mas como Fili tenía
ocupado el corazón,

y tan presente la imagen
de su adorado Pastor,

cuanto hacían los Pastores
por merecer su favor,
en danzas, luchas, canciones,
con el pastoril primor;

comparado con las gracias
del que la suya robó;
aunque mejor ser pudiese
le parecía inferior.

Si algún Pastor la ofrecía
una amorosa canción,
luego para sí decía,
la de mi Silvio es mejor.

Si jugaban, si luchaban,
de Marte el fiero rigor
imitando decía al punto
mi Silvio lo haría mejor.

Y si expresar sus ternezas
querían, decía son
aunque les pese a estos necios
los de mi Silvio mejor.

Cuando alabar su hermosura
oía y su discreción,
cuando su garbo y su aseo
celebraban a una voz,

y cuando fuentes y espejos
a competencia los dos
de su gallarda persona
retrataban el primor,

Lo estimaba sólo Fili,
por prendas con que su amor
regalaba y agradaba
a su dichoso Pastor.

Y el ver que permanecía
de su hermosura el verdor,
que el tiempo no marchitaba

como a otras su esplendor,

daba sólo a esta Pastora
contento y satisfacción
por que la amaba y amase
su venturoso Pastor.

¿Mas quién dijera, Zagalas,
quién creyera que un amor
tan fino, tan acendrado,
tan constante ¡qué dolor!

Tan digno de que esculpiesen
en jaspes su duración
había de llorar mudanzas
de Silvio, ingrato Pastor?

Volvió Silvio de su ausencia
pero trocado volvió,
y en nada agradaba a Fili
aunque él afirma que no.

Volvió sin aquellos dulces
suaves estilos que son
indicios, y aun pruebas ciertas
de que hay verdadero amor.

Volvió altanero, arrogante,
desapacible, feroz,
y por conclusión trocado
aunque él afirma que no.

Volvió por fin tan distinto
de lo que Fili esperó
volviere, que su mudanza
todo su amor entibió.

Y lo que alcanzar no pudo
ni la ausencia ni el rigor,
ni de tanto fino amante
la porfía y el fervor,

alcanzó en breves instantes
de su Silvio el desamor,
no solo por él calmando
tan extremada pasión,

tan excesiva fineza
tanto querer, tanto ardor,
mas convirtiéndola en ira,
en odio y oposición.

Esto cantaba Frilena
Pastora, cuyo primor
en el cantar igualaba
a la gala y discreción.

Y a la destreza y donaire
con que siempre del amor
evitar supo advertida
el cruel y dulce arpón.

A las hermosas Zagalas
que siguen al ciego Dios
para aviso y escarmiento
de las que serán y son.

II

Imitando a uno de los Góngora

Guarda corderos Zagala,
Zagala no guardes fe,
que quien te hizo pastora
no te excusó de mujer.

No sé porque aquel discreto
dulce plectro Cordobés
a esta donosa sentencia
no añadiría también,

Guarda corderos Zagala,
Zagala no guardes fe,
que los hombres comúnmente
no la saben merecer.

Mira allí aquella Pastora,
cuyo glorioso desdén
fue del amor resistencia
de sus arpones pavés.

Prendada infelizmente
y enamorada de quien
habiéndole, en fin, vencido
la desestimó después.

Guarda corderos Zagala,
Zagala no guardes fe,
que los hombres comúnmente
no la saben merecer.

Mira allí la otra Zagala,
cuya soberbia altivez
desaire era del que amante
rendirla osaba emprender.

Que todo lo desdeñaba,
que hollaba el mundo a sus pies,
vencida llorar tibiezas
del que ya ha querido bien.

Guarda corderos Zagala,
Zagala no guardes fe,
que los hombres comúnmente
no la saben merecer.

Mira aquí esta otra hermosura
tan tierna como fiel,
sufriendo el mal de una ausencia
con inviolable ley;

Mientras su alevoso amante
falso, ingrato y descortés,
a cuantas dicta el antojo
la sacrifica cruel.

Guarda corderos Zagala,
Zagala no guardes fe,
que los hombres comúnmente
no la saben merecer.

Mira de la otra belleza
eclipsado el rosicler,
dándola muerte una mano
que la debía defender,

por unos injustos celos

que considerado bien,
cual de los dos delinquía
la merecía más él.

Guarda corderos Zagala,
Zagala no guardes fe,
que los hombres comúnmente
no la saben merecer.

Mira de la honra de tantas
manchada la blanca tez,
por la sacrílega lengua
e infecto aliento de aquel,

que el favor vociferando
que alcanzó declara ser,
con esta acción solamente
infame e indigno de él.

Guarda corderos Zagala,
Zagala no guardes fe,
que los hombres comúnmente
no la saben merecer.

Mira a ésta, mira a aquella,
mira a éste, mira a aquél,
y verás patentemente
en todo un retrato fiel,

del engaño de los hombres
de su inconstancia, su infiel
correspondencia, y que siempre
vuelven el mal por el bien.

Guarda corderos Zagala,
Zagala no guardes fe,
que los hombres comúnmente
no la saben merecer:
y quien te hizo Pastora
no te excusó de mujer.

3.

Que una Dama se hizo a sí misma, haciendo burla y gracejo de las desgracias que la vaticinaban sus apasionados, experimentaría en amor, en castigo de sus esquiveces.

Marfisa vanagloriosa,
emulación de Diana,
que a cuantos intentan finos
sacrificar en tus aras,

reverentes oblaciones,
hijas de amorosas ansias,
cual otro tierno Acteón,
su noble delito pagan.

¿En qué han de parar, altiva,
tan soberbias arrogancias?
¿desdenes tan excesivos,
esquivez tan extremada?

¿No temes cruel, no temes
que de tal rigor, de tanta
crueldad y altanería
la misma Lucinda airada;

viendo que un mortal quiere
competir y aventajarla
en entereza, fulmine
contra ti fieras venganzas?

¿No temes de Venus bella
igualmente la cruel saña,
y que unidas en tu daño
las dos, aunque tan contrarias,

en pena de que desprecias
su poder, y que desairas
sus dominios, en amores
te hagan tan desdichada,

que no te sirva lo hermosa,
lo discreta y lo bizarra,
si el hado cruel se empeña
en castigar tu arrogancia?

Para que un día no llores,
a pesar de tantas gracias,
dejándote incautamente
sorprender la confianza,

Los rigurosos efectos
de esa dulce, cuan tirana
pasión, única flaqueza,
de nobles y grandes almas:

en unos furiosos celos,
en una fe mal pagada,
en un injusto desprecio,
en una infame mudanza:

en un vil ingrato olvido
de finezas extremadas,
en un engaño alevoso,
en una traición villana:

en una indigna tibieza,
sensible por no esperada;
en una no merecida
vil correspondencia ingrata;

y finalmente en la pena
el desconsuelo, la rabia,
en la indignación, la ira,
vergüenza, el furor, la seña,

que a una condición altiva
causa el mirar empleadas
indignamente sus prendas
en quien no sabe estimarlas.

¡Ay de ti, bella Marfisa,
si un día a sufrir llegaras
pesares tan abatidos,
aflicción tan desairada,

tan infames sentimientos,
tan indecorosas ansias,
pesadumbres tan sensibles
a una condición gallarda!

Cupido por sus ternezas
te libre de tal desgracia,
y antes que tal te suceda
tu altivez muerta se caiga.

4.

Expresando una amorosa desconfianza

No porfíen por ahora,
Fabio, tus amantes ansias,
que no está para atenderlas
llena de sustos el alma.

Bastete haberla debido
que en pena tan extremada,
sin osar creerla, sólo
supo el corazón llorarla.

No las expongas en tanto
que el sobresalto no calma,
porque no son compatibles
fineza y desconfianza.

Desvanece antes, si puedes,
las confusiones extrañas,
que incesantemente al pecho
atormentan inhumanas.

Que no te será difícil
dejar mi fe asegurada,
supuesto que mi deseo
está en favor de tu causa.

Y hasta entonces no me esfuerce
al dolor tu fina instancia
de estar oyendo tu queja,
y no poder remediarla.

Si tu amor es verdadero,
debate, Fabio, esta gracia,
quien tan generosamente
supo dispensarte tantas.

Pero no, ¿qué es lo que digo?
déjame en mis dudas, calla,
y antes bien, ingenuamente
mi ceguedad desengaña.

Pues mejor me estará, ¡cielos!

saber que ingrato me faltas,
que no averiguar que fino
mi amante ternera pagas:

y así, no te justifiques,
vengan sospechas, mudanzas,
y cuanto conspirar pueda
contra mi pasión tirana:

que no ya inocente, no,
culpado te busca el alma,
porque ansiosamente anhela
para aborrecerte causa.

Que aunque quiero que me ames,
y gustoso el pecho te ama,
no sé que tiene, que anhela
su tranquilidad pasada.

Y así vuelvo a repetirte,
sin que te ofenda mi instancia,
que en lugar de hacerte amable,
aborrecible te hagas.

Solicita mi fineza
cuando la de otra idolatras,
confunde infiel mis caricias
con las de cuantas te agradan:

vende traidor mis halagos,
alevoso mi fe engaña,
y sepa yo de una vez
que indignamente me agravias...

¿Pero qué es lo que te ruego?
no, Fabio querido, aguarda,
muera yo contigo siempre,
y no viva sin ti nada.

Correspondida te adoré,
y que tu amante constancia
sea disculpa y abono
de mis amorosas llamas.

Se tú excepción de los hombres,
y yo de mujeres mapa,

y que por nosotros quede
sin crédito la inconstancia.

Esto, Fabio de mi vida,
Nise tierna te declara
noblemente persuadida,
que como amante es amada.

¡Pero ay de ti y ay de mí!
si burlas su confianza,
no le permitan los cielos,
y ellos felice te hagan.

5.

*De una amada que habiendo empezado a favorecer a su amante, se arrepiente de su
piedad y quiere retroceder de su fineza por las razones que expresa*

Lesbio, aunque tu amor lo sienta
darte cuenta determino,
de las rigurosas ansias
que afligen cruelmente al mío.

No me mueve a ejecutarlo
traición, mudanza, ni olvido,
ni de una pasión lograda
el decantado fastidio.

Tienen mis fieros pesares
más generosos principios,
pues nacen del noble origen
de mi amoroso delirio.

Mi fe sólo verdadera
impele fiel mis suspiros,
no bastardas impresiones,
mi bien, de un deseo ya tibio.

Esta verdad presupuesta,
escucha, pues, compasivo
de tu enamorada Fenis,
el tierno amante gemido,

Yo, Lesbio, negar no puedo

que tu rendimiento fino
nada que anhelar le deja
a mi amante desvarío.

Tan al compás de mi genio
idolatrarme has sabido,
que parece que naciste
para adular mis caprichos.

A tu constante fineza
debo el testimonio digno,
de que cuanto más triunfante,
has estado más rendido.

Desde el instante en que pía
dichoso la suerte te hizo,
tus amorosos desvelos
se han ostentado más finos:

mas fervorosas tus ansias,
y con sumo gozo mío
te he encontrado más amante
cuando más favorecido.

Con tu perenne fineza
consigues que mi albedrío
no se avergüence y sonroje
de contemplarse cautivo.

No obstante mis altiveces
logras con tu noble estilo,
que el corazón no eche menos
la libertad que ha perdido.

Al revés de aquellos necios,
torpes amantes indignos,
que son sólo amables, mientras
no llegan a ser queridos.

Dos pruebas a mi ver tiene
el verdadero amor fino,
cuyo contraste descubre
los quilates del cariño.

La una son los favores,
y la otra los desvíos,

y una misma consecuencia
sale de opuestos principios.

El que desdeñado adora,
y el que ama favorecido,
son, pues, los que justamente
merecen nombre de finos.

Gustosa en entrambos casos
te he experimentado y visto,
constante a las esquivas,
al favor agradecido;

en los logros amoroso,
en los rigores sufrido,
a los desdenes de bronce,
de cera a los beneficios.

Pero estas pruebas que sobran
para que el tierno amor mío
viva contento, no bastan
para que viva tranquilo.

A pesar de tus esmeros,
a cada paso imagino,
que he de encontrar con el áspid
entre las flores que piso.

Miserablemente en medio
de mi mayor regocijo,
viene a saltearme inhumano
un recelo mal nacido.

Proposición no te escucho
de las que arroja el descuido,
que no le ocasione al alma
mil mortales parasismos.

Hasta el sueño conspirado
también en agravio mío,
en tristes lúgubres sombras
me envía funestos avisos:

sustos, ilusiones, miedos,
cuidados y basiliscos
me rodean, sin que basten

a tranquilizar mi juicio:

ni de tu amor los perennes
testimonios repetidos,
ni el mérito que me adorna,
y confesar no resisto:

conociendo que no es siempre
apreciado lo más digno,
y los riesgos que amenazan
tus verdes años floridos.

¡Pero qué mucho que tema,
si me has contado tú mismo,
que habiendo amado algún tiempo
a un soberano prodigio,

de cuya noble fineza
lograbas dulces cariños,
y de la que tiernamente
te hallabas correspondido,

solicitabas ansioso,
en pensarlo me horrorizo
de otras comunes beldades
el obscuro empleo indigno!

Aun antes que te quisiera
se asustaba el valor mío,
siempre que te contemplaba
torpemente divertido.

¡Qué será, Lesbio, del alma!
¡Qué será después que el vivo
fuego de amor en mi pecho
llama tan fiera ha encendido!

¿Cómo ha de estar confiado
por más que lo intentes fino,
la que a vulgares halagos
tan entregado te ha visto?

Dirasme que antes de haber
tu rendimiento admitido,
esas tristes contingencias
debería haber previsto,

o para rehusar entonces
tus amorosos servicios,
o para animosamente
despreciarlas admitidos.

Yo la razón te concedo
que tendrás para decirlo,
pero hasta que me vi en él
no advertí necia el peligro:

como aquel que a obscuras anda
por ignorado camino,
que hasta verse despeñado
no conoce el precipicio;

y pues no es dable que pueda
tolerar mi pecho altivo
el ver su fineza expuesta
a la injuria de un olvido;

ya que no es posible odiarte,
por lo menos solicito
poner el debido coto
a mi ciego desvarío.

Ya desde este instante, Lesbio,
firmemente determino,
volver a cobrar del alma
el antiguo señorío.

No esperes ya oír los tiernos
amorosos desatinos,
con que expresiva mil veces
lisonjee tus oídos.

Dentro del pecho se ahoguen
de amor ardientes suspiros,
y vuelva de mis potencias
el usurpado dominio.

Conozco que ha de costarme
después de un duro martirio,
el renunciar tus caricias,
la vida, Lesbio querido:

mas no importa, porque antes
resuelta morir elijo,
que sobrevivir al ansia
de verte desconocido.

Para mí fuera el más recio,
cruel y acervo suplicio,
el verte, no digo ingrato,
pero sólo menos fino:

Por lo mismo que presumo,
quizá sin justo motivo
que merezco más que muchas,
más que todas desconfío:

porque cuanto más se estime
un noble espíritu altivo,
más debe temer prudente
los desaires del destino.

Cuyas heridas no imprimen
en los pechos abatidos,
pero indelebles se estampan
en los generosos bríos.

Bellezas tiene la Corte,
cuyos altos atractivos,
de tu gallarda persona
podrá ser empleo digno.

La justicia que yo, todas,
que hagan, mi bien, es preciso,
a tus singulares prendas,
y a tu valor distinguido.

Todas, más que yo merecen,
y serás ¡ay hado esquivo!
con cualquiera más dichosa,
de ninguna más querido.

Pues más que yo son felices,
gocen ellas, Lesbio mío,
tus amantes expresiones,
tus lisonjeros cariños;

y en mi pecho resucite

el feliz sistema antiguo,
de cifrar todos mis gustos
en indiferencia y libros:

pues que yo con el esfuerzo
no me hallo que necesito,
para vencer los temores
en que mísera cavilo.

Y así, aunque a mi amor le pese
hoy al tuyo le suplico,
que de su arrogante empeño
desista ya compasivo.

Que será menos sensible
que cesen tus sacrificios,
antes que por tu mudanza,
Lesbio, por decreto mío.

Mas no por eso pretendo
que me olvides fementido,
pues antes eternamente
de tu gratitud exijo,

que me ames, como te he amado,
me quieras como he querido,
como te aprecio me aprecies,

y estimes como te estimo.

Y con esto, a Dios te queda,
mientras al cielo le pido,
que tus venturas apuesten
duraciones con los siglos.

6.

A uno que siendo muy fácil en mudar de amores y de amantes, decía sin embargo que sabía amar y que había amado muy de veras.

Miente Fabio cuando dice
que de veras ha querido,
que no olvida ni aborrece
tan fácilmente quien quiso:

en eso se diferencian
el amor y el apetito,
que este cuenta por instantes,
si pudiera aquel por siglos.

Dos veces querer a Fabio
con igual extremo he visto,
la una su amor paró en odio,
la otra en un ingrato olvido.

Quien así quiere, no extrañe
le respondan con el mismo
querer y pues que si se haga
nos dice un adagio antiguo.

Deseos tan mal formados,
afectos tan mal nacidos,
tan despreciable fineza,
tan aborrecible estilo,

ansias tan abominables,
nacidas de un vil principio;
llama tan vaga y errante,
legítima hija del vicio:

holocaustos tan comunes,
rendimientos tan indignos,
votos tan irreverentes,
tan infames sacrificios,

no aspiren llegar osados,
sacrílegos y atrevidos
a las supremas deidades
que habitan el sacro Olimpo:

conténtense con ir siempre
arrastrando y abatidos
por el valle, pues son sólo
de la baja venus dignos.

Y así nobles hermosuras,
regias beldades, divinos
simulacros de las aras
sagradas del Dios Cupido,

guardad de vuestro decoro,
los privilegios altivos,
con que del vulgo de tantas
distinguir la suerte os quiso:

vivid alerta contra esos
falsos traidores suspiros,
que teniendo tan villanos
padres y tan abatidos,

origen tan vil e infame,
solar tan desconocido,
quieren sin embargo, alevés,
de nobles parecer hijos.

No sea que el candor vuestro,
desconociendo benigno,
de vulgares amadores
los engaños y artificios,

tomando por eco amante
el que es de serpiente silbo,
os haga indebidamente
triunfo infeliz de un indigno.

Advirtiéndolo que igualmente
en las guerras del Dios niño,
como en las del arrogante
fiero Marte vengativo;

si aumenta al vencedor glorias
el valor de los vencidos,
del vencedor los valores,
son disculpas del vencido.

7.

Dedicado a las Damas de Madrid, y generalmente a todas las del mundo

Altas y nobles beldades,
discretas y hermosas Damas,
que al humilde Manzanares
ilustráis con vuestras gracias:

cuyo sazonado chiste,
cuyo garbo, cuya gala,
cuya viveza, donaire
y disposición bizarra,

os han hecho tan famosas
en las regiones extrañas,
que entre todas las del mundo
sois mantuanas celebradas.

Sexo hermoso, combatido
sin piedad, con furia tanta,
a pesar y sin embargo
de creer vuestras fuerzas flacas,

por continuos enemigos,
que con soberbia arrogancia,
y aun cobardes, pues que lidian
con tan desiguales armas

continuamente os acechan,
y suponiendoos incautas,
de la buena fe abusando
os sitian, cercan y asaltan:

una afecta vuestra, una
amiga, una apasionada
de las relevantes prendas
que os adornan y acompañan,

deseando que discretas
no malogréis dichas tantas,
y el sinsabor excusaros
de verlas mal empleadas,

compadecida, ¡oh hermosas
condolida y lastimada
ver cuan frecuentemente
la confianza os engaña;

persuadiendoos ¡qué locura!
neciamente lisonjeadas
del amor propio a que todos
los que os desean os aman;

en precaución del peligro

de tanto daño si basta
alguna para evitarse
males que el deseo abraza

con el más sincero afecto,
del que la debéis llevada,
hoy a vuestros pies dedica,
hoy ofrece a vuestras plantas.

Estos mal formados rasgos
de sus poesías varias,
con que ha divertido a ratos
la ociosidad que la agrava:

en las cuales, al impulso
de prolijas meditadas,
continuas observaciones
del hombre y de sus mudanzas,

ha sacado las pinturas,
que en ellas van dibujadas,
con el buen fin y deseo
de que al verlas, al mirarlas,

precaviéndoos advertidas,
en otras escarmentadas,
contra enemigos tan fieros
sepáis defenderos cautas:

y que ya que no es posible
de enemigos tan de casa
libertaros, por lo menos;
prevenidas y avisadas,

sepáis de vuestro decoro
las prerrogativas altas
conservar, estando alerta
contra sus alarmas falsas,

y en conociendo el engaño,
la vil traición, la asechanza,
la engañosa batería,
la correspondencia ingrata,

a combates tan villanos,
a tan indignas batallas,

sin recelo de ignominia,
volváis prudentes la espalda:

y aunque el contrario os insulte
con afrentosas palabras,
desistid de tal empresa,
aunque esté ya comenzada:

que el proseguir en un yerro
porque se empezó, dilata
el error, y es cobardía
en lugar de ser constancia:

que un yerro, una inadvertencia
corregida y enmendada,
de los juiciosos siempre
mereció las alabanzas;

y un jugador advertido
si ve que un naipe le daña,
con destreza prontamente
de su juego le descarta:

porque un azaroso naipe
el juego todo desgracia,
entonces es necesario
dejarle, o mudar baraja.

Esto, nobles hermosuras,
esto, hermosas Mantuanas,
quien vuestras glorias desea,
quien os quiere, quien os ama,

quien vuestros fastos procura,
vuestro aplauso, vuestra gala,
os aconseja y advierte
de su afección obligada:

porque ya que no insensibles
seáis a pasión tan gratas
a encanto tan halagüeño,
a propensión tan tirana,

a tan violento atractivo,
a tan poderosa instancia,
que los más nobles esfuerzos

lleva tras sí y arrebatada.

Y ya que no de invencibles,
en guerras tan obstinadas
como las que amor os hace,
podáis blasonar ufanas,

el rendimiento a lo menos
sea en tales circunstancias,
con tan honrosos partidos,
con tan gloriosas ventajas,

que esos fieros enemigos
que en vencer creen que avasallan,
a vuestra condescendencia
no intenten hacer esclava:

y sepan que si atendidas
quieren que sean sus ansias,
si el grado y la fineza
quieren lograr vinculadas,

con rendimientos continuos,
con sumisiones, con gratas
y finas correspondencias
de los favores que alcanzan;

con perennes gratitudes
y finezas continuadas,
han de lograr solamente
fijarla y afianzarla.

Y que el que quiera gloriarse
de que le estiman, que le aman,
que admiten sus sacrificios,
que sus ofrendas agradan;

que distinciones merece,
que glorias consigue ufanas,
que facilita imposibles
y que deidades humanas

ha de saber adquirirse
discreto dichas tan altas,
y finalmente el que amado
ser quiera, amable se haga.

De otra suerte ignominiosa,
afrentosa, vil y baja,
haréis la pasión más noble,
más ilustre, más hidalga,

más generosa, más digna,
más ínclita y celebrada,
de cuantas combaten fieras
la debilidad humana:

a la que sólo rendirse
saben generosas almas,
remontados corazones,
fieras elevadas garzas,

nobles altivos alientos,
peregrinas arrogancias,
espíritus altaneros,
divinas deidades sacras:

que en vencer y ser vencidos,
puede haber gloria e infamia,
atendidas de uno y otro
suceso las circunstancias.

8.

Al desengaño de un amante, que no amando ya a su amada como antes la había amado, quería fingir el mismo amor que antes la había tenido, y seguir en el empeño de obsequiarla.

En vano te cansas, Julio,
en vano tu amor esfuerzas,
tu Clori ya se mudó,
llamar puedes ya a otra puerta:

mientras tu Clori pensó
que la amabas tierno, mientras
tus caricias y expresiones
juzgó Clori verdaderas,

mientras tus dulces palabras
tuvo, Julio, por ingenuas,

mientras de tu alevosía
no tuvo Clori sospecha:

mientras creyó confiada
como hermosa, que eran ciertas
tus finas amantes ansias,
tus amorosas protestas,

tus cuidados, tus esmeros,
tu solicitud, tus quejas,
tu siempre bien expresada
y aparentada fineza:

de ejemplo al mundo la suya
pudo servir y de regla,
de única en él blasonando,
cuando no de la primera.

De tal suerte que al ver todos
y al mirar la indiferencia
con que Clori contemplaba
todo lo que tú no era,

la Penélope segunda
la llamaban, que discreta
destejiendo y retejiendo
la tan afamada tela,

entretenía animosa
tan constante como tierna,
de un amor cuasi difunto
esperanzas cuasi muertas:

y con ellas aguardaba,
con indecible firmeza,
de su fiel amante Ulises
la tan deseada vuelta:

pero habiendo visto Clori
con indubitables pruebas,
que imitas al Griego sólo
en traiciones y cautelas,

en engaños, en falacias,
y en las mentidas finezas,
con que a Circe y a Calipso

correspondió con fe griega:

y no en el vivo deseo,
en las ansias verdaderas,
con que en medio de los gozos
de la primavera eterna,

que reinaba y disfrutaba
en las regiones amenas
de la hermosa inmortal Ninfa,
y de la bella hechicera,

continuamente procura,
suspira y por ver anhela
los Patrios muros de Ítaca,
y su amada esposa bella;

y menos en la constancia,
en el esfuerzo y destreza
con que de Scila y Caribdis
huyó las gargantas fieras,

y burlar supo en el golfo,
temido las halagüeñas
voces de las cantadoras,
o encantadoras Sirenas:

pues contra lo que esperaba
Clori, y esperar debiera,
a pesar de tus falaces
y mentirosas promesas,

todo el discurso y el tiempo
de tu fingida fineza,
ha sido un continuo enlace
de traiciones y de ofensas:

de engaños, de alevosías,
de malas correspondencias,
de ficciones, disimulos,
y mal pagadas ternezas.

La de Clori, Julio mío,
se ha entibiado de manera,
que de todo aquel gran fuego,
de aquella máquina inmensa,

de aquel ardor amoroso,
de aquella pasmosa hoguera
en que amante se abrasaba
tan gustosa como tierna,

apenas rescoldos tibios,
apenas tibias pavesas,
o cenizas cuasi frías,
son las que se ven apenas:

tantas y tales mudanzas,
tales y tan lastimeras
novedades ocasiona
en amor, una fe incierta:

¿por qué pensarás, o Julio,
que de amor la madre bella,
alas le daría a su hijo,
con las que ligero vuela?

¿Piensas acaso que es solo
para que inconstante sea,
vario, mudable, atrevido,
y lleno de inconsecuencias?

Pues te engañas, Julio mío,

que Venus amante y tierna
se las dio para que cuando
sus agravios amor viera,

cuando vea la inconstancia,
el engaño, la cautela,
la traición, la alevosía,
la ingrata correspondencia

a tan monstruosas fealdades,
a monstruosidad tan fea,
la espalda airado y resuelto
velozmente volver pueda:

amor para que subsista,
para que medre y que crezca,
necesita del halago,
de la amorosa terneza,

del cariño el agasajo,
de la fiel correspondencia,
del constante rendimiento,
de la continua fineza,

del contento, la alegría,
la cortés condescendencia,
de la complacencia amante,
y de la fe verdadera:

de otra suerte al menor soplo
de la liviandad se vuela;
se desaparece, huye,
y tan distante se aleja,

que el pretender, Julio mío,
que una vez que se fue vuelva,
es querer surcar los aires
y en el mar encontrar huellas.

Bien sabes que sin Anteros
se moría de tristeza,
amor, y que se le dieron
para que vivir pudiera:

si el amor, pues, sin Anteros,
que es la fiel correspondencia,
ni ser, ni medrar podía
y para que no muriera,

para que no falleciese
del todo, y no careciera
el mundo, por esta falta,
de su mayor excelencia,

fue preciso, y fue forzoso,
dársele en fin. ¡Qué extrañeza
te ha de hacer, que sin el tuyo,
el de tu Clori fallezca!

Del amor, Julio querido,
todo el ser, toda la esencia,
la constituye y le forma
del amante la ternera:

ésta es la que deidad le hace,
ésta la que le aparenta,
con un cuerpo que no tiene,
con aljaba y con saeta.

Ésta la que ser le influye
y la que hace que parezca
un ente distinto, siendo
los dos una cosa misma:

pues el ardor del amante,
sus extremos, su fineza,
sus implacables deseos,
su ansia, sus gozos, su pena,

es el mismo que con arco,
con carcaj, vendado y flechas,
alado, desnudo y niño,
la fábula nos presenta:

queriendo sólo con tales
tan demostrables señas,
de sus daños, atributos,
y efectos darnos la idea:

si amor, pues, no es otra cosa
que aquella afición, aquella
fiel voluntad que el amante
a su amado le profesa,

faltando esta, es preciso
que en nada aquel se resuelva,
que deje de ser cupido,
todo desaparezca:

a manera de los duendes,
de los que hablillas añejas,
sentando que esta alimaña
hay en la naturaleza;

animales invisibles
e irracionales, que engendra
la putrefacción y masa
de los vapores grosera,

que en las cuevas, subterráneos

y otros parajes se encuentran,
con novedad y con chiste,
dicen que son y asevera,

de la que ellos asimismo
se mantienen y alimentan,
y viven sólo aquel tiempo
que existe y subsiste aquélla:

y que de oírlos a tiempos
es esta razón previa,
porque se mueren y acaban
luego que les falta esta.

De la evidencia prescindo
del argumento y sus pruebas,
y el símil aplico sólo
porque hace al caso a mi tema:

y con él, Julio querido
te declaro, que es quimera,
desvarío, desatino,
temeridad, vana empresa:

sabiendo que no las has,
Julio, con alguna necia,
intentar suplir la falta
de una afición verdadera,

con un afecto fingido,
con una vana apariencia,
con un alevoso engaño,
con una falsa fineza;

que amor verdadero tiene
tan indubitables señas,
tan precisas circunstancias,
tan infalibles las muestras;

tan evidentes, seguras,
y tan constantes las pruebas,
que no es posible engañarse,
ni que equivocarse puedan.

Y así deja, Julio mío
intento tan vano, deja

de añadir a tu inconstancia,
del engaño las ofensas;

y pues que Clori al auxilio
el desengaño, ya llega
a verse de los combates
de su pasión más serena;

no la inquietes, no la irrites,
déjala que viva, deja
que tome de tus injurias
esta venganza, siquiera;

que yo en su nombre en el mío,
en el de la razón misma,
te repito aunque les pese
a tus injustas querellas,

que en vano te cansas, Julio,
en vano engaños esfuerzas,
tu Clori ya se mudó,
llamar puedes ya a otra puerta.

9.

Imitando al de aprended flores de mí lo que va de ayer a hoy, &c.

Aprended Clicies de mí
lo que va de ayer a hoy;
de amor extremo ayer fui,
leve afecto hoy aún no soy:

ayer de amor poseída,
y de su aliento inflamada,
en los ardores vivía,
del fuego me alimentaba;

y a pesar de la violencia
con que sus voraces llamas,
cuanto se opone a su furia
arden, consumen y abrasan,

como pábulo encendido,
cual cantada Salamandra,

solamente hallaba vida
entre sus ardientes ascuas:

y hoy en tan tibios ardores
yace o desfallece el alma,
que el frío carbón apenas
da señas de que fue brasa.

Ayer los fieros volcanes
de amor, no sólo halagaban
el pecho, si no que amante
fuera de ellos no se hallaba:

y sin ellos decadente
y exánime desmayaba,
y moría y perecía
como el pez fuera del agua:

y hoy no sólo temeroso
y pavoroso se espanta
de la más leve centella
que en el aire corre vaga,

sino que el horror y miedo,
que a la luz la fiera brava
tiene, imitando a cualquiera
resplandor vuelve la cara:

ayer por poco el incendio
en que amante me abrasaba,
vuelve en pavesas el mundo,
todo, y en humo le exhala:

y en una hoguera la hermosa
máquina de él, transformada,
por poco vuela en cenizas,
de mi ardor comunicadas:

y hoy apenas de que ha habido
lumbre dan señas escasas
tibios rescoldos; tan muertas
yacén ya, y tan apagadas.

Ayer de verme amar tierna,
hasta lo insensible amaba,
y de mi ejemplo movidas

las piedras inanimadas,

contra su naturaleza
y dureza decantada,
del amor y sus halagos
sentían las dulces ansias;

y hoy de mis tristes lamentos
y de mis quejas amargas,
la región toda amatoria
conmovida y espantada:

los símbolos de amor mismo,
las enamoradas plantas,
la arrulladora paloma,
la tórtola amartelada,

temiendo encontrar desdichas
donde gozos esperaban,
los patrios amantes nidos
abandonan asustadas.

Tanto puede, tanto influye,
tanto mueve, tanto daña;
tantos y tales estragos,
y metamorfosis causa,

un doble alevoso trato,
un engaño, una fe falsa,
una indebida tibieza,
y correspondencia ingrata;

un desengaño, una injusta
veleidad, una villana
aspereza, una grosera
ficción, una vil mudanza:

y pues veis y habéis notado
regularmente en que paran
de los más finos anhelos
y más amantes constancias,

por falta de verdaderos
amadores, y de gratas
ardientes correspondencias
las más amorosas ansias;

haciéndoos como discretas
el escarmiento, avisadas,
infiriendo de lo de hoy
lo que podrá ser mañana.

Aprended, Clicies, de mí
lo que va de ayer a hoy;
de amor extremo ayer fui,
leve afecto hoy aún no soy.

10.

A un vicioso y abandonado, que se alababa de no haber amado en tu vida, y decía ser incapaz de amar.

De un gran necio te acreditas,
pensando que de discreto,
cuando ostentas que es, y afirmas
incapaz de amar tu pecho:

porque has de saber, Crisanto,
que sólo un entendimiento
verdadero, claro, exacto,
de buenos principios lleno,

una alma grande, dotada
de todos los privilegios
que la hacen y constituyen
racional en su complejo,

un ánimo generoso,
un corazón bien dispuesto
y organizado, ser puede
capaz de un noble afecto:

porque para amar es fuerza
preceda el conocimiento
de las virtudes que amable
hacen al amado objeto;

y éste no puede encontrarse
ni existir sino en discretos,
en entendimientos grandes,

en juicios sanos y rectos:

pues así como es el blanco
del juicio lo verdadero,
de la voluntad humana
es, y debe ser lo bueno.

Y esta discernencia, esta
síndéresis o criterio
de la bondad y lo justo,
no es repartición de necios:

con que haz cuenta, que pensando
que dices un buen concepto,
cuando de incapaz te alabas
de tan noble sentimiento,

profieres inadvertido
un disparate estupendo,
un desatino evidente,
y contra ti un vilipendio:

pues de un afecto tan digno,
segregándole lo excelso
que incluye, lo más precioso,
más estimable y supremo,

que es aquella pura y limpia

voluntad, que prescindiendo
de accidentes y materias
sabe arder en puros fuegos;

te quedas con lo más torpe,
más despreciable y grosero,
que es el apetito: escoria
del vulgo de los afectos:

con el que vil se asemeja,
si él solo de sus deseos
es el móvil y principio
el hombre al bruto jumento:

pues éste, sin que preceda
razón, ni elección, a tiempos
como tú, por solo instinto,

siente el estímulo mismo.

Mira el favor que por ese
mal entendido gracejo
te haces a ti propio, y pide
albricias al pensamiento:

pues por él, inadvertido,
sin reflexión, indiscreto,
te igualas a los que pueblan
el monte y bosques espesos;

a las aves, a las fieras,
al caballo, al gato, al perro,
a los reptiles más viles,
y al más despreciable insecto:

quedémonos, pues, Crisanto,
en esto acordes, e ingenuo
confiesa que es capaz sólo
de amor el sabio, el discreto,

el de un pensar escogido,
el de un espíritu entero,
el hombre fino, educado,
no el ordinario y plebeyo:

que éste sólo el apetito
conoce y torpe fomento,
la insolencia, la torpeza,
y del amor lo ratero:

que de funciones del alma,
como el bruto, quasi, ajeno,
desconociéndolas todas,
sólo atiende a las del cuerpo:

y deja la empresa vana
de aparentarte, creyendo
que estriba en eso el ser fuerte,
o siquiera el parecerlo:

incapaz, como los brutos,
de un sentimiento tan bello,
que es un distintivo, entre otros,
que te distingue de aquellos;

contra lo que interiormente
te está el corazón diciendo,
y a pesar del testimonio
que te da el alma allá dentro,

por sólo parecer fuerte
a los bobos; que los cuerdos,
a pesar de tu artificio
te conocerán el juego;

a manera del cobarde,
que para ocultar su miedo
a la vista, con frecuencia
ostenta el brillante acero.

Y sabe, Crisanto mío,
igualmente y asimismo,
que el ser fuerte no consiste
en ser un hombre estafermo;

en carecer de pasiones,
en no tener sentimientos;
que eso en lugar de los vivos
fuera tratar de los muertos:

sino en no dejar que aquellas
dominen nunca el sujeto
que acompañan; pues es sólo
de ellas culpable el exceso:

la demasiada vehemencia
con que a veces sin remedio,
por una condescendencia
nimia, oprimen alma y cuerpo:

que hombre sin sentido humano,
y sin pasiones, es cuento
que existe sólo en ideales
y voluntarios conceptos:

y cuando se hallara, fuera
por eso mismo imperfecto;
pues de responder dejara
por lo mismo a su compuesto:

y para que lo comprendas
claramente y sin rodeos,
te lo explicaré, Crisanto,
mejor, con un argumento.

Es cierto que el hombre consta
de alma racional y cuerpo;
y que de las tres potencias
consta aquélla, es también cierto:

si el hombre sin ejercicio
las tuviera, y sin empleo,
del fin a que fue criado
desdijera, y de sí mismo:

porque el Criador divino,
el sumo hacedor supremo,
que ningún ente produjo
por acaso, ni superfluo,

la dotó liberal de ellas
justamente y con intento,
de que las emplee en justos
dignos debidos objetos:

y que rastreando advertido,
sagaz, entendido y diestro,
por lo bueno lo mejor,
por lo mejor, lo más bueno,

fuera por sí, y de este modo,
de grado en grado subiendo,
hasta llegar a aquel sumo
bien, de toda bondad centro:

origen de la hermosura
y discreción, complemento
de todo lo más amable,
de lo bueno y lo perfecto:

y conocido, le amase
como debe, pues es cierto
que lo bueno de justicia
debe amarse, y de derecho.

Además de que de todas,

a las que el hombre sujeto
está desde su pecado,
es ésta la de más precio,

la más noble, la más digna
de su racional compendio;
la sola que con el alma
pasa dichosa a lo eterno:

con que no siendo posible
que sin humanos afectos
o pasiones, se halle el hombre
en su natural completo:

pues si se hallara, sería
una disonancia, un yerro
de la gran naturaleza,
y más que hombre, monstruo fiero;

dicho se queda, que sólo
en evitar los extremos
de ellas, y saber en todas
guardar un prudente medio,

consiste la fortaleza,
el ser racional, discreto,
la Justicia, la templanza,
virtuoso, sólido y cuerdo.

Y si tan claras razones,
y tan fundado argumento
no te dejan convencido
de engaño y error tan feo,

y a pesar de todo, quieres
mantenerte en él, creyendo
pueril, flaca y vanamente
hacer de hombre fuerte en eso;

y antepones obstinado
a los honestos anhelos,
que el decente amor inspira
los brutales movimientos,

dejándote por lo que eres,
enviarte en fin resuelvo

a los bosques y a las selvas
con tus dignos compañeros.

11.

Elogios y Encomios al amor verdadero, decente, lícito y honesto

¡Oh amor, de las pasiones
del hombre, la más hidalga,
la más noble, la más digna,
la más regia, la más alta!

Apolo me dé benigno
su fuego, y las nueve hermanas
me asistan, para que pueda
con voz sonora y templada,

de tus heroicas virtudes,
de tu noble ser, tu gala
y de tu mucha excelencia
cantar hoy las alabanzas.

Hablo del amor honesto,
de aquella divina llama
que del sacro consistorio
a la tierra destellada;

uniendo en decentes lazos
de un casto afecto las almas
hermosea y vivifica
la naturaleza humana:

y excluyo de todo punto
la abatida, la vil, vaga
concupiscencia común,
hija del amor bastarda;

como fea, como espuria,
como aleve, como ingrata,
como impropia y como indigna
de lucir en nobles aras:

y volviéndome ¡oh amor!
a ti, a tu nobleza rara,

a tus dignos atributos,
a tus gloriosas hazañas,

digo, ¿qué fuera del mundo
ya, si la divina sacra
providencia, con el suyo
infinito no ordenara,

que máquina tan hermosa,
en debida consonancia,
el todo con cada parte
correspondencia guardara?

A ti, ¡oh noble ser! virtud
de la inmensa dimanada,
se debe la gran concordia,
la correspondencia grata,

que entre sí los elementos,
los principios y las causas
segundas, en sus efectos,
movidas de la primaria,

con admirable armonía,
con dirección siempre sabia
para bien del universo
tienen, conservan y guardan:

con la que incesantemente
producen las variadas,
maravillas y prodigios
que nuestra vista regala:

y renovando cada año
sus producciones, sus gracias,
mantiene el mundo en perpetua
juventud continuada:

donde tú existes, ¡oh amor!
ninguna cosa por alta,
por noble y grande que sea,
por preciosa y estimada,

las riquezas, poderíos,
las magníficas estancias,
los edificios soberbios,

las profusiones, las galas,
los mandos, los señoríos,
los regalos, la abundancia,
ni los preciosos tesoros
se echan menos ni hacen falta:

y al contrario, donde tú
no asistes, ¡oh amor! de nada
sirve el poder, la riqueza,
el fausto, el lujo, la gala;

los Palacios más hermosos,
las más preciosas alhajas,
los festines, los paseos,
las opulencias bizarras,

los trenes y los arreos,
la mesa exquisita y grata,
pues nada de esto, ¡oh amor!
da gusto, donde tú faltas:

que así como el ser inmenso
él a sí mismo se basta,
y sin él ninguna cosa
subsiste, ni ser alcanza;

donde tu favor no adorna,
no sazona, no acompaña
las demás satisfacciones,
el todo se vuelve en nada:

pues sin ti, sin tus halagos,
sin tu hermosa activa llama,
en las mayores delicias
sólo fastidios se hallan:

diganlo tus desgraciados,
diganlo cuantos y cuantas
por no querer tú asistirlos
por tu ausencia, por tu falta,

en las mayores grandezas,
en las fortunas más altas,
y en soberbias posesiones
viven una vida amarga;

y trocarían su suerte,
en tu agrado, y con tu gracia,
en medio de sus riquezas,
por la más pobre y más baja:

dígalo el gusto que reina
en las pajizas cabañas
contigo, y sin ti el disgusto
en las torres más ufanas:

contigo todo da gusto,
todo alegre, todo agrada,
y sin ti todo da enojos,
todo ofende, todo enfada:

desdichado el himeneo
que sin ti enciende su llama,
y dichoso el que contigo
la tea nupcial abrasa:

a ti se debe, ¡oh amor!
dulce afecto de las almas,
las sucesiones continuas,
que en las familias preclaras,

desde el principio del mundo
ilustrando las prosapias,
han dado dichosamente
tantos héroes a la fama:

continuamente por ti
todas las especies varias
de la gran naturaleza,
se ven, amor, renovadas:

siendo el verdadero Fenis
tú, mejor que el de la fama,
pues produciendo renuevos
continuos de los que acaban;

de las cenizas de unos,
a otros das ser y levantas,
disponiendo sabiamente
si unos mueren que otros nazcan.

Para que en continua serie,
para que en igual balanza,
el mundo conserve siempre
una juventud lozana.

Tú, de todas las pasiones
la sola eres que no acabas
con la vida, y que trasciendes
a la eterna con el alma,

para amar constantemente,
para adorar cara a cara
con la vista intuitiva,
a la causa de las causas:

a aquella inmensa dulzura,
inmensa hermosura y gala,
inmensa bondad, inmenso
ser, sabiduría y gracia;

abismo de perfecciones,
piélago de amor, de gracias,
y fuente de donde todas
las hermosuras dimanar.

Los que injustos te atribuyen
que has causado, amor, y causas
en el mundo desventuras,
estragos, muertes, desgracias,

equivocando indiscretos
los efectos con las causas,
y confundiendo accidentes
con las esencias, se engañan:

porque tú, amor, en ti mismo,
sin mezcla de aquella rabia,
furia infernal de los celos,
de su furor, de su saña,

sin una concupiscencia
común, y lascivia vaga,
desorden del apetito,
imagen de amor bastarda:

sin la violencia, el engaño,

la veleidad, la inconstancia,
la ingratitud, el olvido,
sin la traición, la venganza,

y los demás accidentes
que por la miseria humana,
y por sus debilidades
comúnmente te acompañan,

eres sólo un ente puro,
limpio, precioso y sin mancha,
necesario al universo,
de todas las cosas alma;

sin el cual todo yaciera,
todo muriera y faltara,
y en breve tiempo el humano
ser, se resolviera en nada.

Mas desde que aquel contrario
de las venturas humanas,
las turbó y deshizo todas
con aquella vil manzana,

que fue, y es la verdadera
Pandora, cuya cruel caja,
abriéndose esparció al mundo
los males y las desgracias:

toda la máquina hermosa
del universo, alterada
por él, y por su malicia,
por su envidia, por su rabia,

siempre a lo mejor, más bueno,
a la virtud más exacta
acompaña algo de malo,
con que su esencia desgracia:

bien que sólo lugar tiene
esto en las almas pacatas,
no en las nobles y altaneras,
no en las elevadas garzas;

que remontando su vuelo,
traspasando las montañas

de los defectos comunes,
seguras sobre ellos marchan:

y saben vivir exentas,
al fin como grandes almas,
de aquellas debilidades
que a las vulgares arrastran.

Últimamente, tú, amor,
noble esencia, dimanada
del manantial de virtudes
de la fuente de las gracias,

hiciste la incomparable,
la inefable, la admirada
y nunca bastantemente
celebrada fina hazaña:

que al humano entendimiento
asombra, estremece y pasma,
de que el Eterno divino,
increado se humanara:

y tomando en unas puras
inmaculadas entrañas
ser humano, ¡qué portento!
desde sus esferas altas,

desde sus excelsos solios
enamorado bajara,
a la tierra, y al gran precio
de su sangre Sacrosanta,

a ella ansioso volase
a rescatar una alhaja,
que él había formado sólo
por ser amado y amarla.

Después de hecho tan insigne,
de tan portentosa hazaña,
de fineza tan extrema,
debida a tu virtud rara,

no hallando más que decir
ya, ni con que compararla,
pasmado de tal portento

mi canto, su curso para:

y deja mis merecidos
elogios, tus alabanzas,
los dignísimos encomios
de tus proezas y hazañas,

de tus nobles atributos,
de tus virtudes preclaras,
y de tu grande excelencia
a plumas más ilustradas.

12.

A una fea, que envidiosa de los aplausos de hermosa, que lograba otra Dama de alguna más edad que ella, por disminuírseles e injuriarla, la llamaba vieja

Muy engañada te tiene,
Anarda, tu aprehensión necia,
creyendo que el ser anciana
es más tacha que el ser fea:

a Belisa, que de hermosa,
en las gloriosas palestras
de la hermosura ha llevado
siempre la ilustre bandera,

porque algunos bellos años
a ti dichosa te lleva,
sin que estos hayan causado
detrimento en su belleza,

para consolar la envidia
que te despedaza fiera
de ver que sus alabanzas
parece han de ser eternas,

por si puedes disminuirles
el mérito a tantas prendas
como la ilustran y adornan,
rabiosa la llamas vieja.

¿Sabes tú que entre los males
con que las furias leteas,

pueden afligir al mundo,
no le hay mayor que el ser fea?

La anciana que ha sido hermosa,
aunque ya no lo parezca
tanto, como en lo florido
de su verde primavera,

siempre algunos bellos restos
logra de aquellas riquezas,
que en su juventud ha gozado,
con los que la vista alegra:

pero la que después y antes
ha sido, es, y será fea,
siempre a los ojos de todos
será, ha sido, y es molesta:

además que la que logra,
porque la naturaleza
privilegiarla ha querido,
como madre y como dueña,

que el voraz tiempo no haga
el daño, y estrago en ella,
que acostumbra hacer en todos
por ley precisa y severa;

de demérito ninguno
puede servirle el que tenga
mucha edad, aunque esta, Anarda,
la de los patriarcas sea:

pues si logra verse hermosa,
como a los veinte, a los treinta,
añade dones y gracias
con que su beldad completa:

porque en la juventud suma
por bien que a todos parezca,
siempre el juicio echa menos
la madurez que no es de ella:

pues siempre en ella se halla
la insipidez, la aspereza,
que en la fruta no madura

todo buen sabor encuentra:

de modo que el que lograrse
en la edad madura y cuerda,
gozar la misma hermosura
que en la juventud extrema,

ese sólo lograría
la cumplida, la perfecta
felicidad, pues a un tiempo
en sí dos cosas uniera,

que si a verse llegan juntas
en una persona misma,
puede temer sujeciones
la redondez de la tierra:

pues logra tocar a un punto
las dificultosas teclas,
y los expuestos extremos
de verdor y madurez.

Así que, Anarda, la tacha
con que a Belisa la bella
piensas ultrajar, diciendo
a boca llena, que es vieja;

toda la vez que consigue
mirar su beldad exenta
de la injuria de los tiempos,
y de su infausta carrera;

pues por privilegio raro
de la gran naturaleza,
es más hermoso su otoño,
que de otras la primavera;

más la ilustra y engrandece,
más la aplaude y la celebra,
porque a las prerrogativas
del Ángel puro la eleva;

y a la gracia de inmortales,
que en las supremas esferas
logran ser de muchos tiempos,
sin que por eso envejezcan:

y supuesto, Anarda mía,
que por más que te enardezca
el pesar de ver hermosa
a Belisa, y a ti fea,

ni ella ha de dejar por eso
de serlo, ni tú de fea
has de poder evitarte
la rigurosa sentencia:

ya que a los hombres de hermosa
no puedes llegar, y es fuerza
conformarte con tu suerte,
aspira a los de discreta:

que además de ser más nobles,
más dignos de honra y de excelsas
alabanzas, puedes sola
erigírtelos tú misma:

y conseguirás por ellos
dominar esas flaquezas
gloriosamente de envidias
vergonzosas y rateras:

no emulando perfecciones
tan caducas y terrenas,
y elevando tu deseo
a las del alma y eternas:

sabiendo que de unas a otras
hay la misma diferencia,
y las exceden en precio,
lo que va de Cielo a tierra:

consolándote, mi Anarda,
con que ya que el Cielo fea
quiso hacerte, de otros dones
te ha dotado en recompensa.

Pues si la hermosa o deseos
arrastra ufana y soberbia,
y aplausos que las más veces
son causa de su miseria.

A la fea de entendida,
de sagaz y de discretas
la ha concedido las palmas,
con las que orla sus empresas:

si es la beldad aplaudida,
es motejada de necias
mientras se ve vinculada
la discreción en las feas:

a la hermosura, desgracias
el Cielo airado decreta,
acaso en pena debida
de las que ocasiona ella;

y a la fealdad venturas,
tanto que en fin a ser llega
proverbio, y principio cierto
la ventura de la fea:

que de este modo la siempre
justa y sabia providencia,
en sus amadas hechuras
la dicha y desdicha alterna:

para que ni unas aflijan
con demasiada tristeza,
ni engolfadas en las otras

de tal suerte se envanezcan,

que les borre enteramente
del corazón la certeza
de que fueron para el Cielo
hechas, no para la tierra:

si no es que lo que el discreto
Gracián, en aquella idea
de criticones graciosos
y agudos nos dice, sea,

donde en común discurriendo
de la hermosura y sus prendas
y del orgullo que influye
a quien la posee, sienta

que si ésta generalmente
poco dichosa no fuera
en el mundo averiguarse
nadie podría con ella.

Así pues, que Anarda mía
con tu destino contenta,
para que puedas estarlo
prudente, avisada y cuerda:

y que atrevida no arguyas
faltas en la providencia,
ni en sus arcanos juicios,
repasa la verdad cierta,

de que si a la plaza todos
expusiesen sus miserias,
cada uno con las suyas
a su casa se volviera.

13.

Satisfaciendo a la duda de una Dama, que no habiendo amado nunca, preguntaba si era verdad que en amar y ser amados hubiese las satisfacciones y contentos que comúnmente se creía

¿Si es verdad que amor es gozo
preguntas, bella Fenisa,
y si en amar el contento
se halla, que el vulgo publica?

Y aunque sus dificultades
encierra la preguntita,
la discreción para todas
espero encuentre salida:

primeramente te digo
ingenuamente, Fenisa,
que en mi opinión los esfuerzos
las armas, las baterías,

los asaltos, las batallas,
verdaderas o fingidas,
que para lograr sus triunfos

astuto el amor aplica,

en obsequios, rendimientos,
solicitudes, caricias,
amorosas expresiones,
firmes y amantes porffas,

cortesés condescendencias,
complacencias siempre finas,
astucia en aprovecharse
de la ocasión investidas,

Alarmas falsas o ciertas,
sorpresas y tentativas,
con que procura advertido
asegurar sus conquistas;

son más sabrosos, más gritos,
más gustosas y atractivas,
que el logro de sus esmeros
y sus cantadas delicias:

y que en las inmediateces,
y en los contornos, Fenisa,
del amor, sus alrededores,
líderos y cercanías,

se hallan más satisfacciones,
más gustos, más alegrías,
que en sus decantados reinos,
y afamada Monarquía:

o que por sus arrabales
se goza de más festivas
diversiones y contentos,
que en su mansión aplaudida.

Siendo el amor, a manera
de la guerra y de sus iras,
más agradable en su imagen,
que en su ser y esencia misma:

así, que Fenisa bella,
si quieres pasar la vida
sin cuidados, sin zozobras,
sin penas y sin fatigas;

con satisfacciones ciertas,
con dulzuras positivas,
con perennes complacencias,
con tranquilidad continua;

jamás en sus peligrosos
dominios, inadvertida
te metas, ni te sujetes
a su acerba tiranía;

contentándote discreta,
para que segura vivas,
de ingraticudes, mudanzas,
traiciones y alevosías,

con la espuma solamente
y sólo la florecita,
de los contentos y gustos
con que el sagaz amor brinda:

que consiste en ser amadas,
deseadas, pretendidas,
y sin querer a ninguno,
verse de todos querida:

siempre influyendo deseos,
nunca de estos combatidas,
sabiendo encender el fuego
sin chamuscarse en sus chispas:

y salvando contingencias,
tan diestra como esparcida,
ser de todos simulacro,
de nadie holocausto y pira:

mas sin jamás internarte,
si es que quieres divertida
pasar el tiempo con gusto
en su furiosa anarquía:

donde todo es confusiones,
todo voces, todo gritas,
disputadas excepciones,
y nunca bien decididas:

donde pretendiendo todos
mandar, ninguno domina,
ni salen de antecedentes
las consecuencias precisas:

no alistándote confiada,
por más que fueros de linda
pretendan asegurarte,
en su arriesgada milicia,

limitando tus contentos
a verte siempre con finas
ansias rogada, buscada,
solicitada, aplaudida,

siempre arrastrando trofeos
de amantes quejas votivas,
nunca siendo indecoroso
triunfo de llamas indignas.

Segura de que el más dulce
empeño, la más bienquista
voluntad, a pocos lances
si no fallece, agoniza:

y el amante más amado,
por ley fatal y precisa

de la humana insubsistencia,
la más gustosa caricia,

el más grato rendimiento,
la voluntad más rendida
a cansar al fin y al postre
llega, cuando no fastidia:

no me aparto, no, por eso
de concederte, Fenisa,
que una elección acertada,
una fe constante y fina,

un fiel amor verdadero
y correspondencia digna,
no sea el mayor contento,
y el mayor bien de la vida.

¿Pero dónde encontraremos
esa Fenisa aplaudida?
¿dónde esa feliz Arabia
está, que esas aves cría?

Allá en un siglo soñado
que de oro se decía
se cuenta, que se encontraban
esas raras maravillas:

pero a hora sólo vemos
ingraticudes, perfidias,
infames correspondencias,
nobles fes mal atendidas:

inconstancias, veleidades,
inconsecuencias mentiras,
vagas llamas y volubles,
con apariencias de fijas:

y en tan conocidos riesgos,
la sola prudencia dicta
el evitarlos y huirlos
a la que deidad se estima:

para que nunca se miren
sus altas prerrogativas
y sus preeminencias nobles
injuriadas ni ofendidas.

Esto es Fenisa del alma,
con sinceridad de amiga,
lo que a impulsos de prudentes
observaciones continuas,

quien habiendo discurrido
por su dicha, o su desdicha
gloriosamente los campos
de celebrada y querida,

de amada, de idolatrada,
de buscada, pretendida,
solicitada y rogada
de finezas exquisitas:

y habiendo en fin ocupado
en la región de las lindas,
e imperio de los hermosos
una ilustre Jerarquía,

ha notado y conocido
en las otras y en sí misma
de ese caos, o quimera,
que amor en fin apellidan:

y si esto no te basta,
para que prudente elijas
y que avisada no yerres,
bástete saber, Fenisa,

que por el sabio nos dice
la eterna sabiduría
que es maldito y desdichado
el hombre que de otro fía.

14.

A la despedida de un amante que ya disgustaba

Amigo Glauco, Celaura,
agradecida al despecho
con que al fin arrebatado
de un brutal ímpetu fiero,

has rompido las cadenas
en que amante tanto tiempo
te has ostentado con gusto
su glorioso prisionero:

en vez de quejas, alegres
vivas y agradecimientos
te envía y da, por el grande
placer que en eso la has hecho:

porque has de saber, mi Glauco,
que desde el instante mismo
en que a Celaura su claro
y pronto conocimiento

la hizo advertir la mudanzas
la diferencia de afectos,
la novedad de sistemas,
los extraños pensamientos

que en tu condición liviana,
y en tu deleznable genio,
por veleidad o inconstancia
causó el transcurso del tiempo;

tus obsequios la ofendían,
tu trato le era molesto,
desagradable tu vista,
y enojosos tus esmeros:

porque es para ella infalible
el axioma y documento,
y aquel principio innegable
a todo juicio cuerdo;

de que como el fin y el blanco
del humano entendimiento,
y del racional discurso
ha de ser lo verdadero,

asimismo de la noble
voluntad, el digno objeto,
y la mira que la guíe,
es, y debe ser lo bueno:

por cuya razón, Celaura,
no hallando en ti ya los precios
de aquella virtud, que amado,
por ser amable te hicieron:

de tal suerte, a la manera
los tuyos, sus afectos
se han trocado y variado,
que ya no son los que fueron:

y en vez de satisfacciones
en vez de agrado y contento,
tu comunicación sólo
la ofrece desabrimientos,

pues del modo que se dice

que la sangre del que ha muerto
violentamente, a la vista
de su agresor brota hirviendo,

así de Celaura bella
los siempre nobles afectos,
a vista del que los mata
renueva sus sentimientos:

y solamente en tu ausencia,
apartada de tu encuentro,
su corazón halla gustos,
halla descanso y sosiego.

Por todo lo cual, resuelta
te dice en fin, que supuesto
que su amor ya ser no puede
jamás el que fue primero,

y que éste no satisface,
no da gozo ni contento,
ni de tal merece el nombre
no siendo de ardor exceso:

que en medianías desfallece,
le desaniman respetos,
las tibiezas le amortiguan,
y sólo vive en extremos:

prosigas constantemente
en el arrogante empeño
que has empezado, pues este
coincide con sus deseos,

por ser aqueste en llegando
a estos términos, los duelos
del amor, a su decoro,
el único y digno medio:

y en tu vida ya te atrevas,
falso, engañoso y artero,
a pretender se revoquen
tan merecidos decretos;

pues si a intentarlo llegases,
logrará sólo con eso

tu engaño, ver repetidos
los desaires y desprecios.

15.

A un amante que después de haberle costado mucho tiempo de solicitud el que una Dama admitiese sus obsequios, dejó repentinamente de continuar en ellos por un frívolo motivo.

Que mal te sientan, Lisardo,
después de haber tan rendido
solicitado favores
de un hermoso ceño esquivo,

afectar ahora despegos,
indiferencia y desvíos,
porque no son conciliables
sumisión y señorío:

y en tales inconsecuencias,
tanto, Lisardo, a sí mismo
se desaira un noble aliento,
tan fútil se hace y tan nimio,

que en vez de hombres barbados,
a cualquiera buen juicio
anómalos semejantes
se le representan niños:

por quienes con tanto chiste
y acierto siempre se dijo,
que su amor y sus querer
era agua puesta en cestillos.

¿Pues quién si no estos pudiera
sin razón y sin motivo
ahogar en un instante
porfías y ansias de un siglo,

como las que te han costado
y cuestan llegar al fino
extremo de amor y agrado
que a tu amada has merecido?

Esto es perder en un punto

y un momento, inadvertidos,
todo lo que se trabaja
por tiempo y modo exquisito,

y esto es lo que propiamente
se llama ser loco o nimios;
pues sólo en estos dos entes
han lugar tales caprichos.

Y si es que acaso, Lisardo,
tienes tan extraño estilo
por afectar fortaleza
solo, y varoniles bríos,

la proposición primera
vuelvo a repetir, y digo,
que sientan muy mal, y fuera
de tiempos, Lisardo mío,

son ya esas afectaciones
de fuerte, habiendo rendido
con tantas muestras de débil
las armas al enemigo.

Guarden, tú, y tus semejantes
ese esfuerzo y valentísimo,
para antes de sujetarse
al cruel yugo de Cupido:

porque una vez a él sujetos,
y a su fiero carro uncidos,
cuanto contra él se hace
es flaqueza y desvarío,

es arrogancia y demencia,
y es abusar atrevidos
de la bondad generosa,
del vencedor que es benigno:

que el valor que es verdadero
es siempre muy comedido,
y observa aquella entereza
noble, que es su distintivo;

tanto al triunfar glorioso,
como al mirarse vencido,

porque en uno y otro caso
su carácter es el mismo:

pero nunca es insolente,
nunca es fiero ni ofensivo,
ni para romper las paces,
ni para guerrear invicto:

al contrario del cobarde,
cuya flaqueza sin tino,
en baladronadas siempre
resuelve todos sus tiros:

tanto antes que el combate
la suerte haya decidido,
como después de él, si acaso
es trofeo de su enemigo:

porque con ellas pretende
o cree neciamente altivo,
borrar la ignominia que halla
en contemplarse vencido.

Pero todas sus bravatas,
sus fieros y desafíos,
son debilidad, flaqueza
de ánimo, y puerilismo.

Porque tal inconsecuencia,
tal estar consigo mismo
en contradicción continua
de los hechos con los dichos,

es muy impropio y ajena
del hombre adulto y cumplido,
y tolerable y pasable
sólo en mujeres o niños:

que a las Damas solamente
por singular privativo
privilegio, a su decoro
justamente concedido,

les corresponde y compete
en el rendimiento mismo,
guardar y observar ileso,

y entero siempre el dominio.

Mas los hombres, si no quieren
hacerse ya unos Don Lindos,
con mofa, risa. y escarnio
de todo intelecto fino,

en las amorosas guerras
del tierno amante Cupido,
la misma victoria y triunfo
los ha de hacer más rendidos

más atentos y corteses,
más urbanos y expresivos,
y con nuevos rendimientos
de nuevas victorias dignos.

Y si es que acaso, Lisardo,
tu mudanza y nuevo estilo
nace de ser, con infamia
tuya, desagradecido,

y que del vulgo de amantes
compones el infinito
número, tan despreciable
y execrable, como inicuo:

los cuales basta que lleguen

a verse favorecidos,
para mostrar al instante
que de serlo son indignos:

nada sobre una dolencia
tan vergonzosa te digo,
tan impropia y tan ajena
de todo noble principio,

para que de él la ignominia
conozcas, y lo abatido,
sino que en iguales lances
lo mismo hace cualquier pillo,

cualquier necio pisaverde,
cualquiera que sin principios
nobles y honrados se cría,

y en conclusión todo indigno.

16.

A los avarientos, reprehendiendo la codicia excesiva de bienes temporales, y la necesidad de los que aguardan a la hora de la muerte para hacer bien al prójimo; y aunque abundan en caudales, y tengan intención de hacer de ellos obras pías, no quieren se pongan en ejecución hasta después de su fallecimiento.

Necio, ¿para quién adquieres?
¿Para qué, loco, atesoras,
si en llegándote la muerte
hasta lo inútil te sobra?

Acaudala pira el Cielo,
en donde eternos se logran
los bienes, y se disfrutan
sin cuidado y sin zozobra:

y no en la mísera tierra,
en esta mansión tan corta,
donde ha de acabar con todo
el tiempo, por ley forzosa,

donde el herrumbre lo gasta,
donde los ladrones roban,
donde el tirano lo usurpa,
y lo pudre la carcoma:

y cuando lograr pudieras
poner al abrigo todas
tus riquezas, de esos riesgos
y contingencias notorias,

¿de qué aprovecharte pueden,
si para ir a la dichosa
región, y andar su camino,
más que te sirven, te estorban?

Pues mejor y más apriesa
por esta tierra fragosa
andaré el que va ligero,
que el que se carga de ropa:

y el cargarse, ¿de qué puede
servirnos, si al fin de toda
la inevitable cruel muerte
a lo mejor nos despoja?

Acuérdate de aquel grande
cosechero, que la historia
Sagrada, para enseñarnos,
nos refiere misteriosa,

que aunque con anchos graneros
y cámaras espaciosas,
para coger sus cosechas
abundantes y copiosas;

haciéndosele aun pequeños
aquéllos, y éstas angostas
para la que aquel verano
esperaba portentosa,

a dar las disposiciones
empezó un día, y la forma,
para que se los ensanchen
y alarguen a toda costa:

a dar de que en ellos pueda
cabrer, no sólo la copia
de frutos que se promete,
más también su ansia ambiciosa;

la interminable codicia
con que necia unas sobre otras
su insaciable sed del oro
las riquezas amontona,

sin saber a qué, ni menos
por qué; pues si le interrogan
sobre la duración breve
de la vida, no lo ignora:

y lo poco que ésta exige,
si lo superfluo no abona,
para poder sostenerse,
lo ve, lo palpa, y lo toca:

pero aquella misma noche

del día que tan gozosas
cuentas se hacía de lo mucho
que había de lograr y logra;

cortando el hilo delgado
la inexorable hiladora
de su vida, y sus ideas
con ella, vanas y locas;

a que vea el desengaño,
la justicia vengadora,
y a que abra allí, en fin, los ojos,
le envía a las eternas sombras:

a donde de sus riquezas
vanas, y de aquella pompa
necia, de tanto tesoro
y abundancia perniciosa,

no llevó si no la dura,
la fiera y cruel memoria
de lo inútil que habían sido
para él, y lo infructuosas.

Sabe, pues, ser rico haciendo
mientras peregrinas, obras
de piedad, en esta vida,
de amor, de misericordia:

no sea, que por no hacerlo
así, te haga tu ansia tonta,
rico temporal en esta,
y pobre eterno en la otra:

pon los ojos y la mira
en la triste y espantosa
suerte del rico avariento,
en su lamentable historia:

que por no haber inhumano
querido dar, de las sobras
de su mesa, unas migajas
al que le pedía unas pocas;

se vio después de esta vida,
en aquella en que las cosas

se igualan, y en que a cada uno
lo que merece le otorgan:

en un lago de miserias,
en una playa horrorosa
de tormentos y fatigas,
de ansias y fieras congojas:

desde donde viendo el triste
al mismo que en las pomposas
abundancias de su mesa
negó duro hasta las sobras,

de satisfacción colmado,
lleno de gozo y de gloria,
entre sabrosos manjares
y bebidas deliciosas;

ardiendo él en sed, forzado
de esta, y la hambre que le acosa,
del bien, en que ve que abunda,
le clama por una gota.

Mas en vano, pues ya dada
la sentencia rigurosa
una vez por el juez recto,
nunca jamás se revoca.

Haga, pues, mientras que vive,
el que puede, las limosnas,
las obras pías, los hospicios,
las fundaciones piadosas,

socorra viudas, ampare
huérfanos, cuyas personas,
la providencia divina
le encomienda cuidadosa.

Auxilie doncellas pobres
para que puedan gozosas
tomar estado; al mancebo
bueno, ayude; dote Monjas:

y no a que su muerte llegue
aguarde para que obras
tan grandes, tan aceptadas,

tan plausibles, tan heroicas,

tan dignas de eterna vida,
tan justas, tan meritorias
se hagan; que la fuerza entonces
las hace muy sospechosas.

Pues si todo ha de dejarlo
por fuerza, y ninguna cosa
de cuantas en esta vida
posee, llevar puede a la otra,

¿qué gracia tendrá dejarlo,
en esta o aquella forma,
si por fin ha de dejarlas
de cualquier manera todas?

Y como dicen los Santos,
¿de dónde, en aquella hora,
al que duro con el pobre
ha sido en su vida toda,

le viene tan de repente
caridad tan fervorosa,
devoción tanta y cumplida,
compasión tan nueva y pronta?

¿De dónde? de un mal principio,
como su codicia boba,
pues ya que llevar no puede
consigo lo que atesora,

que, si llevarlo pudiera,
seguro estaba que cosa
ninguna le consintiera
soltar su ambición furiosa,

dejar en el mundo quiere
hipócrita la engañosa
opinión de sí, que ha amado
la virtud, que más le enoja.

Con que viene a estribar todo
cuanto hace entonces, en loca
vanidad, en injusticia,
y en iniquidad odiosa.

Goce, pues, el que es discreto,
del gusto, de la sabrosa
dilección de ver en vida
hechas sus obras piadosas,

su establecimiento pío,
su manda y pía memoria,
los Colegios, Hospitales,
el Templo y Aras devotas,

y en contemplar se deleite
lo excelentes, lo gloriosas
de obras tan grandes, y en gozos
el debido fruto coja:

que la noble complacencia
y satisfacción gozosa
que dimana y se origina
del bien obrar no es viciosa:

viendo refugiado al pobre,
la honesta doncella, a honra
del Señor, en el estado
en que le sirva dichosa:

socorrida y amparada
la desamparada y sola
viuda, el huérfano pobre,
quieto y seguro a su sombra;

que para los corazones
grandes, y almas generosas,
ofrecérseles no puede
expectación más gustosa:

y no a otro ninguno fíe
el cumplimiento de cosas
tan dignas, ni ceda a nadie
de ellas el lauro y la gloria.

Firmemente persuadido
y cierto, que en ninguna otra
más que en esa, se asemeja
al que le crió y adora:

pues el redimir de males,
el remediar las penosas
miserias de los humanos,
su desventura y congojas;

y con benignos influjos,
como esa brillante antorcha
del Sol, dar la vida a todo,
de un Dios sólo es virtud propia:

que el aguardar a la muerte
para que sean provechosas
al prójimo nuestra hacienda,
nuestras riquezas y sobras,

es ser parecido al cerdo,
cuya inmunda y asquerosa
especie, hasta que le matan,
no es útil, ni de él se goza.

Y por eso con su muerte
toda la casa alborozada
donde se ejecuta, y sólo
para ese efecto le engordan.

Mira, pues, la diferencia
que hay de una manera a otra
de proceder y advertida

tu discreción de ella escoja:

pues si aguardas a la muerte
para que la trabajosa
vida del pobre se alivie,
y su urgencia se socorra,

a los pobres de tu tiempo
vendrá a ser dura y gravosa
tu vida, mientras tu muerte
será al de otros oficiosa.

Y podrá por ti decirse,
sin injusticia, y sin nota,
feliz la edad que te pierde,
e infeliz la que te logra.

17.

Romance heroico endecasílabo

Critilo, si es que aspiras generoso
al renombre del sabio, y serlo quieres,
primero a esa gran fábrica del mundo
su hermosura y bondad, los ojos vuelve;

contempla la grandeza y maravillas
de ese globo de luz, y orbes celestes,
y de ellos a la máquina admirable
del insecto más vil, baja y desciende:

reflexiona el poder, y la infinita
sabiduría y ciencia indeficiente
que para organizar el cuerpecito
del más íntimo de ellos se requiere:

y hallarás demostrado que ella sola
su Autora pudo ser; que resplandece
no menos su saber en eso poco,
que en gigantes, que al cielo altura apuesten:

pasa luego la vista cuidadoso
por todo lo acuátil y terrestre,
y mira los portentos admirables
de este globo terráqueo, en él advierte

la variedad de frutos y de flores,
de cuadrúpedos, de aves y de peces,
y de ellos todos, y de cada uno,
la inmensidad de géneros y especies;

y escudriñando fiel por los efectos,
de tanto ser la causa omnipotente,
reconócela atento y amoroso
y a su divina voz, humilde atiende:

oye sus mandamientos y preceptos,
sus decretos sin réplica obedece,
que argüir al criador la criatura,
es necesidad que a todas las excede:

adora al que adorable es por derecho,
ama a quien tanto amor a ti te tiene,
que si a necesidades por la culpa
te condenó una vez forzosamente,

con tan grande clemencia, en su justicia
entonces procedió, y ahora procede,
que como padre amante de familias
al remedio de todas te provee;

haciendo que cuanto hay, cuanto ha criado
a tu alivio conspire, y que los bienes
que por ella perdiste, si no en todo,
a lo menos en parte se compensen:

que produzcan y den con abundancia
para tu desnudez el bruto pieles,
para tu frío el bosque y monte leña,
para tu sed, los prados claras fuentes,

para tu sueño, noche en que reposes,
y el trabajo del día alivie y quiete;
para el cansancio, aliento que respires,
para tu hambre, el campo rubias mieses:

conoce, pues, bondad tan grande y suma,
ámala, mas también amando teme,
pues el temor debido de sus iras

es de todo saber principio y fuente:

busca en los sacros libros, en aquellos
oráculos divinos, en que quiere
manifestarse al mundo, y en que solos,
en lo que cabe, al hombre deja verse,

su poder, su saber, su omnipotencia,
su bondad y su ser tan preeminente;
que si con estas guías no camina
el humano discurso, el rumbo pierde.

En ellos hallarás que es ella sola
la causa de las causas; que no mueven
los árboles sus ojas, ni el mosquito
sus alas batirá sin que ella ordene:

que es ella la que quita y da los reinos,
la que levanta, humilla, y muda Reyes,
la que premia y castiga, y de quien todas
dimanan y se originan y dependen:

la que al profundo abate a los soberbios,
y al humilde a los Cielos engrandece;
la que todo lo bueno, y la justicia
que de ti exige, para ti lo quiere:

y en habiendo bebido las nociones,
los principios, los dogmas, las especies,
las ideas exactas y precisas,
de tan puro raudal en la corriente,

de los dichos, sentencias, y axiomas
ayudarte podrás, de aquellos siete
famosos de la Grecia, con las cuales
el eterno saber quiso, parece,

disponer el humano entendimiento
a que su gran doctrina fácilmente
recibiese y tomase, y que su yugo,
a todos, como lo es, suave se hiciese;

viendo que unos gentiles, con las luces
naturales y buenas solamente,
a conocer y discernir llegaron
verdades tan subidas y eminentes,

como lo son cuando te dice el uno
que sepas a ti mismo conocerte;
el otro, de templanza y continencia
documento ejemplar, sufre y abstente:

otro te enseña y dice que el virtuoso,
en sí, y en las virtudes solamente,
encierra y se comprenden de la vida
los contentos, los gustos, los placeres:

y que el que es virtuoso, desdichado
por ningún caso ser, Critilo, puede,
pues donde quiera que con virtud vaya
consigo llevará todos los bienes:

otro, que desdichado, ni dichoso,

advertido, hasta el fin, nadie se cuente;
y que una medianía, preferida
ser por el sabio a la opulencia debe:

otro en una total y una absoluta
carencia de riquezas y de haberes
funda, de esta agitada y miserable
vida, los ciertos y seguros bienes:

hasta llevarle al punto y al extremo
de arrojar a la mar las que posee,
sólo porque estas, en manera alguna,
le detengan, le empiezan, y le apezguen:

otro, en el señorío, en el dominio
del ánimo tranquilo, independiente
del tumulto de afectos y pasiones,
que mísero le aflijan y sujeten,

hace estribar del sabio los contentos
y la felicidad, pues evidente
se hace, que no puede ser felice
el que ellas turbulentas acometen.

Otro en la ciencia el bien único pone,
y el mal en la ignorancia; y finalmente
todos te dicen que en la virtud sola,
lo honesto y lo debido está el deleite.

Y pasmado de ver que con la mera
buena luz natural reconociesen
principios y axiomas que coinciden
con los que la divina nos previene,

te prosternes, te humilles, te confundas,
de sentimiento y de rubor te llenes,
de admiración, de asombro, y confundido
te corras, te sonrojes y avergüences,

de que excediendo tanto el heroísmo
cristiano al gentílico y siendo éste
de tan inferior clase y jerarquía,
de objeto tan distinto y diferente,

y careciendo, en fin de los auxilios
de la gracia eficaz que a ángel impele,

no sólo no le excedas, no le pases,
mas, ni aun siquiera ¡qué dolor! le llegues:

pues ya te tiene dicho el verdadero,
único y solo sabio claramente,
que si más que el gentil en las morales
virtudes no haces, ¿qué haces ni mereces?

Y guardate, Critilio, por tu vida,
por lo que más estimes e intereses,
de pretender jamás que esa gran ciega
de la razón humana sola acierte:

pues ella sola, y sin aquel socorro
que le presta y la da la luz celeste,
a la vista corpórea es parecida,
y padece sus tachas y accidentes:

que si a ésta la del sol a faltar llega,
con la que únicamente y sola ejerce
la facultad de ver, en las tinieblas
distinguir cosa alguna ni ver puede.

Y todos cuantos pasos dar sin ella
indiscreta intentare y pretendiere,
todo cuanto anduviere y caminaré,
cuanto atrevida adelantar intente,

todos serán tropiezos y caídas,
todo errores y engaño; y como suele
decirse, y los efectos lo comprueban,
andar a tienta tapias y paredes:

que ésta es la triste causa y lastimera
de tantas, tan monstruosas y frecuentes
diferencias de sectas y opiniones
que en el mundo, entre sí, contrarias hierven,

con las que miserable anda agitado,
y desde que nació cuasi padece
las furiosas borrascas y tormentas
en que zozobra, y más que vive muere:

pues creyendo cada uno que la suya
es la más despejada y excelente,
con vanas e infundadas sutilezas

que su amor propio y ciego le sugiere,

a la hermosa verdad que por sencilla,
por noble y por ingenua, se parece
a aquellas verdaderas hermosuras,
que lo son sin adorno y sin afeites,

no sólo desfigura y desconoce,
mas también torpe y fiera la aborrece,
dejándola por solo la que a fuerza
de artificios, de enredos, colorestes,

de argumentos sofisticos, falaces,
de falsos silogismos y aparentes,
de la mentira en fin, que con ardides
a la verdad se esfuerza a parecerse,

de un valentón seguida y auxiliada,
a quien probabilismo si no mienten
las señas llaman, todo lo trastorna,
todo lo desfigura y lo revuelve:

el claro y bello día, en tenebroso
turbulento y opaco le convierte,
a lo negro hace blanco, y a lo blanco
negro, a pesar de albura y candideces:

y a manera de aquellos que por vidrios
de colores, ya azul, ya obscuro o verde,
los objetos y cosas que los cercan
registrar y mirar curiosos quieren,

todos se les figuran y los miran
de aquel mismo color que el vidrio tiene,
y por el vicio solo del conducto,
todas el propio y verdadero pierden:

asimismo esa máquina monstruosa,
no obstante de estribar en tan endebles,
fútiles, deleznable, mal seguros
principios, y cimientos tan infieles,

que se pasma y asombra un juicio bueno
de que aquel que le tiene los acepte,
o por decir mejor, no los aburre,
los renuncie, los huya y los deteste,

de la naturaleza los más claros,
los más indubitables, más patentes,
su exactitud, la precisión con que obra
prescripta por su autor, alterar quiere:

pues de ellos es el uno, que lo falso,
lo incierto y mal seguro, es muchas veces
más probable ¡qué horror! que lo más cierto
verdadero, constante y evidente:

de ellos otro es, que dos proposiciones
en sí contradictorias igualmente,
su oposición no obstante, y repugnancia,
ambas probables pueden ser y hacerse,

contra toda razón y buen principio,
pues la verdad siendo una solamente,
y la mentira muchas, es forzoso
que todas yerren, o una sola acierte.

El otro, más horrible y espantoso,
si serlo puede más que el precedente,
es decir y sentar ¡al pronunciarlo
el corazón se pasma y estremece!,

que una proposición en todo errada,
que en fin es falsa en sí absolutamente,
probable puede ser, o ser probada
de verdadera, que es lo mismo, puede:

que es decir ¡grave error! que la mentira
llegar a ser verdad ¡qué engaño! puede,
y que la verdad misma ¡qué blasfemia!
alguna vez a ser mentira llegue:

constituyendo al hombre, de ese modo,
en la infeliz y lastimosa suerte,
de que para él la hermosa verdad nunca
inteligible pueda ser, ni hacerse:

y haciendo al hacedor la grave injuria,
de pensar que su ser omnipotente,
justiciero y piadoso, que engañarse
ni engañar a ninguno jamás puede;

habiendo al hombre a su divina imagen
criado, y entre todos los vivientes
siendo él el escogido para amarle,
el solo racional e inteligente,

tan liberal habiendo procedido
con él en todo, para proveerle
de cuanto necesita y le acomoda
para esta vida miserable y breve,

en lo más esencial, más importante,
que es conocer los medios conducentes
para llegar al fin a que le ordena,
descuidado y escaso andado hubiese:

error es éste, que el pensarlo solo
es desacato, que a blasfemia asciende;
de Lesa Majestad Divina, ofensa,
¿qué sera el pronunciarlo o el creerle?

Criterio, pues, seguro tiene el hombre
para que la verdad por él, si quiere,
conozca, y conocida sepa amarla,
para que a su dichoso fin le lleve,

sin recurrir a vanas sutilezas,
a engañosos, sofismas aparentes,
que sólo de perder, extraviarse

del seguro camino servir puede.

No por eso pretendo que un discreto,
cuerdo, bien dirigido, en fin, prudente
probabilismo del discurso humano,
se excluya enteramente ni destierre.

Más quisiera, Critilio, que a este solo
la doctrina divina dirigiese
de aquel sabio Maestro que a enseñarnos,
a probar vino al mundo expresamente:

y que todo cuanto a ella no conforma
con su santa moral, y justas leyes,
todo se dé de mano y se abomine,
todo en fin se renuncie y se deteste;

pues más claro es que el sol, que todo aquello
que de ella se apartare o desdijere,
dejar de ser error, mentira, engaño
de un discurso fanático no puede:

porque ella ha de ser sola la luz clara,
la Antorcha luminosa, indeficiente,
a cuyo resplandor todas las cosas
se miren, se examinen y cotejen:

la lidia piedra, que de toque llaman,
con la que los metales bien se prueben,
y con ella el que es fino y verdadero,
de aquel que no lo es, declare y muestre:

la que el oro que es puro y acendrado,
del impuro y mezclado diferencie,
el crisol, que le limpie, y purifique,
y de extrañas materias le segregue:

ella, por fin, el norte indefectible
con que el piélago inmenso se navegue
del humano discurso, si advertido
zozobrar en él, mísero, no quiere;

pues así como el triste navegante
perdido se imagina cuando pierde
aquel que le dirige y le gobierna
para seguir su rumbo felizmente,

así el discurso humano sin aquella
luz sin defecto que le guíe y lleve
por el medio seguro y señalado
al feliz puerto donde parar debe,

no hallará sino escollos y bajíos,
sirtes, naufragios, precipicios, crueles
scilas y caribdis, olas fieras,
y costas bravas, en que en fin, se estrelle:

haya probabilismo, pero sean
sus reglas de argüir, para que acierten,
que lo que al Evangelio no conforma,
probable de verdad nunca ser puede:

y pudiendo y debiendo serlo aquello

que con él se conforma únicamente,
el probar, el argüir, y el silogismo
de probabilidad, sea de esta suerte;

que el Evangelio es regla y línea recta,
es constante, seguro y evidente:
a toda línea recta es asimismo
cierto que no conforma la que tuerce;

luego toda y cualquiera que de aquella
rectitud se apartare o que discrepe,
recto no podrá ser, pues cosa alguna
ser y no ser a un mismo tiempo puede:

que lo que dice un Pablo, un Agustino,
un Jerónimo docto y penitente,
un Gregorio, un Crisóstomo, un Ambrosio,
lumbreras de la Iglesia y de las gentes,

cuya bondad, cuyas costumbres santas,
cuya ciencia y virtudes eminentes,
el manantial purísimo declaran
de donde lo han bebido y fiel vertiente:

probabilismo es que sea más cierto,
más constante y seguro ciertamente
que lo que una caterva miserable
de libertinos propalar nos quieren:

una turba infeliz, cuyos excesos,
cuyo vicio y costumbres insolentes
el origen nos dicen y señalan
que sus errores y delirios tienen:

esos monstruos horrendos, ese azote
de la ira divina acaso, a quienes
de respeto y de horror el alma llena
nombrar, después de aquellos, no se atreve;

esto, Critilo, una amistad sincera,
un deseo amistoso solamente
de que las nobles prendas no malogres
de talento y bondad que en ti se advierte:

lastimada de ver a cuantos buenos
grandes entendimientos, y excelentes

ingenios, tras sí lleva, y ha arrastrado
contra lo verdadero, lo aparente,

te dice; porque anhela, prevenirte,
armarte, mi Critilo, y precaverte
contra esas opiniones, que de nuevas
pretenden revestirse, y son vejeces:

vejeces, y opinado error de ingenios
que carecieron, aunque grandes fuesen,
de la luz de la fe y el Evangelio,
a cuya claridad, toda otra cede:

los cuales, si por dicha suya y de otros,
de ella gozado y disfrutado hubiesen
en aquellos errores y opiniones
no incurrirían muy probablemente:

esto te dice, pues, quien en la cumbre
del verdadero honor y gloria verte
desea, no en el fútil, despreciable,
que un error sostenido prestar puede,

pues esta, por sí misma, con el tiempo
se destruye, disipa, y desvanece,
y aquella, por sus sólidos cimientos
durará, y es durable para siempre:

y no en la necesidad vulgar incurras
de no querer, si es que algo bueno tienen
estos consejos, admitirlos sólo
porque son de mujer ¡furor solemne!

que el verdadero sabio donde quiera
que la verdad y la razón encuentre,
allí sabe tomarla, y la aprovecha,
sin nimio detenerse en quien la ofrece.

Porque ignorar no puede, si es que sabe,
que el alma, como espíritu, carece
de sexo, y por su puro ser y esencia,
de sus defectos consiguientemente:

y lo contrario, sólo de vulgares
cortos, limitadísimos y febles
entendimientos, puede ser dictamen,

falso convencido muchas veces:

pues cada día, instantes y momentos
vemos aventajarse las mujeres
en las artes y ciencias a los hombres,
si con aplicación su estudio emprenden:

que si bastara para ser sabidos,
para mejores ser inteligentes
el ser hombres, no mas en la figura,
en el género solo, y no en la especie,

no padeciera tanto el trato humano
como infeliz y mísero padece,
con la ignorancia, necedad, torpeza
de tanto limitado que le ofende;

y sobre todo, el Soberano dueño
de la naturaleza y de sus leyes,
en favor de quien quiera y le parezca,
las que le prescribió, variar puede:

Dios es el dueño del saber, la ciencia,
del recto comprender, del valor fuerte,
y como tal de dones tan gratiosos
dispone y los franquea según quiere:

como su inescrutable providencia
se ha visto practicarlo muchas veces,
para desengañar acaso al hombre,
y hacerle ver quizá patentemente,

que si las facultades no aprovecha
con la que aventajó tan francamente,
sabiéndolas poner en ejercicio,
y en el uso que es justo y le compete;

y por sólo ser hombre se presume
ser más intelectual, y neciamente
en esa confianza se descuida
de saber, e instruirse como debe,

del sexo que él por inferior reputa,
por menos hábil, y más flaco tiene,
se servirá y valdrá y con él empresas
acabará gloriosas, que a él le afrenten

como lo muestran Débora mandando
y gobernando a Israel, habiendo Jueces,
una Judit, habiendo valerosos,
triunfando de un feroz fiero Olofernes:

y omitiendo otras muchas, entre tantos
varones escogidos y eminentes,
sobre salir y resaltar gloriosas
Esther humilde, Abigail prudente:

y por ser éste un punto tan constante,
a todo buen juicio tan patente,
que sólo el ignorante, el idiota,
podrá necesitar se le cometen;

dejándole ya, pues, por escusado,
para concluir mi asunto finalmente,
te digo que a estas máximas, principios
y axiomas debidos, congruentes;

si al renombre glorioso de sabido
aspiras, para serlo, pues, los selles,
los coronas, los colmes, los esmaltes,
les des la última mano, y los completes;

la humildad imitando y la modestia
con que de sí juzgaron los ya siete
recordados arriba, de la fama,
aquellos siete en fin famosos siempre;

cuando habiéndose hallado aquel precioso
trípode, no sabiendo de él qué hacerse,
para poderle dar digno destino
consultar al oráculo resuelven:

y habiendo respondido que al más sabio
de la Grecia, se hiciese aquel presente,
le llevaron al uno, el cual a otro
se le envió y le dio inmediatamente:

éste le pasó a otro en el instante
juzgándole más sabio; y de esta suerte
fue el don precioso dando vuelta a todos
hasta que a aquel primero se le vuelven:

entonces éste, cuerdo, al sacro Apolo
le dedica y ofrece reverente,
confesando con esto que a Dios solo
el renombre de sabio se le debe:

que es Dios el verdadero y solo sabio,
el único seguro y evidente;
el de amor de la sabiduría
perteneciendo al hombre solamente;

y si de nada, en fin estos consejos,
por quien te los propone, te sirviesen,
yo me contentaré con que leyendo,
y releyéndolos atentamente,

rumiando sus verdades, repasando
el peso y la razón que en sí contienen,
mi corto entendimiento iluminando
a mí sola, Critilo, me aprovechen.

18.

Crítico moral joco-serio, en elogio de la indiferencia; con cuyo motivo se reprenden y motejan algunos vicios y defectos en general, con el buen fin solamente de corregirlos, y de no satirizar a nadie en particular.

¡Oh, dichosa indiferencia!
madre feliz, fiel oriente
de la quietud, del sosiego,
de los verdaderos bienes;
sólo el que ciego, atraído
de contentos aparentes,
no conozca lo que vales,
será el que por ti no anhele.

¡Qué diferentes países,
qué divertidos y alegres,
desde tu mansión dichosa
se registran y aparecen!
Desde que en tu región vivo
todo cuanto hay me divierte
con cualquiera cosa el gusto
se solaza y entretiene.

El Simple con sus simplezas,
con su cautela el prudente,
la discreción del discreto,
del párvulo sencilleces.
Los esfuerzos de la Fea
inútiles y vehementes
para parecer hermosa,
sin poder ni aun parecerse.
Las Bonitas afectando
esquiveces y desdenes,
que fuera mejor para ellas
que en realidad las tuviesen.

El Cobarde echando al aire
muchos tajos y reveses,
confiado en que aún el eco
no puede corresponderle.

El Ignorante imperito,
hablador impertinente,
sin ciencia y sin experiencia
en profesión que no entiende,
hecho un charlatán de calles,
sin detenerse en lo fuerte,
asaltar y rendir plazas,
ganar reinos como nueces,
y sin salir de su casa,
desde su mesa o bufete,
decidir de las acciones
de Marte, magistralmente:
dar batallas y combates,
coger navíos como peces
con red barredera, quieto,
y a pie enjuto entre tapetes.

El presumido de Sabio,
celoso furiosamente
de la opinión de sabido,
que en el mundo tener cree,
mirando con ojeriza
mortal, de sus concurrentes
las obras y producciones,
mas, cuanto más excelentes.
Que como fiero otomano
degüella inhumanamente
a todo el que competirle

osa, porque él solo reine;
no viendo que lo más digno,
más estimable que tiene
el saber, no es de noticias
enriquecer bien la mente;
mas rectificar el alma
y el corazón de tal suerte,
que libre de esas dolencias,
y otras mayores le muestre.

El otro torpe Idiota,
que sensible solamente
a materiales funciones,
y sensuales placeres,
creyendo que no hay más ciencia,
más saber, ni más saberes,
que el de vivir revolcado
cual cerdo en viles deleites,
que de todo hay en el mundo,
pues los hombres comúnmente
por los extremos, huyendo
del miedo justo van siempre,
del ánimo aborreciendo
todo cultivo, siendo éste
el más cierto distintivo
de su racional especie:
llama a la aplicación noble,
al instruirse, imponerse,
tiempo perdido en los hombres,
sacrilegio en las mujeres.

El Codicioso, anhelando
riquezas perpetuamente,
hidrópico miserable
con más sed, cuanto más bebe:
que como Midas quisiera
que en oro se convirtiese
cuanto sus manos tocasen,
y cuanto sus ojos viesan.
Tan cebado en las ganancias
inicias, y de tal suerte,
que antes dejará el pellejo
que el gusto de ganar deje:
y después de haber a miles,
sus monopolios crueles
desnudado los vestidos

muy desapiadadamente,
piensa que vistiendo cuatro
mendigantes pobremente,
y dando uno de limosna,
de lo que ha quitado a dieces,
ya las puertas de la Gloria
han de estar para él patentes,
y lo de venid benditos
a mi diestra le comprende.

El que en la misma abundancia
del Pobre las escaseces
sufre, por no osar usarlas
de miedo de empobrecerse;
y temiendo el desdichado
que los caudales no lleguen
donde la vida, siendo ésta
tan corta y tan contingente,
toda la que vive el triste
las indigencias padece
de los más necesitados,
por ser rico cuando muere;
cuando todas sus riquezas
de nada servir le pueden
si no de dar un buen día
al ingrato que le herede;
al que en pago de lo mucho
que por su avaricia adquiere,
no por su amor pues lo deja
porque llevarlo no puede
ninguna de las piadosas
mandas, que dispuestas deje
cumpla; y de ellas atrevido
diga, murmure y deteste:
digna pena y merecida
del que a otros en su muerte,
fía que hagan por su alma
lo que él en vida hacer puede.

El otro necio Fastuoso
muerto por pompas, que cree
que lo preciso le falta
si lo superfluo no obtiene;
y porque para sus vicios,
juegos y excesos no adquiere,
blasfemo la providencia

tacha y maldice su suerte.

El Ambicioso de glorias
mundanas, inquieto duende,
que ni sosegar a nadie
deja, ni él vive ni duerme:
y en busca de una soñada
felicidad, neciamente
se fatiga, se atormenta,
y a tolas horas se muele;
sin advertir el cuitado,
que mientras busca impaciente
la que es sólo imaginada,
la real verdadera pierde;
que consiste en saber cuerdo
conocer las caduqueces
de esa engañosa apariencia,
y despreciarla altamente:
y en no dar incauto entrada
al molestísimo huésped
de la ambición, pues quien nada
desea, todo lo tiene.

El Rico, con su medida
fastidiosa impertinente,
como si acaso para otros
más que para él, rico fuese;
éste despreciando al pobre,
y el pobre ya que no puede
de otro modo despícarse,
odiándole mortalmente.

Ver el Harto y que en su casa
sobrado que comer tiene,
convidado con frecuencia
en comidas y banquetes;
y al pobre necesitado
no sólo nadie ofrecerle
un bocado, mas si acaso
al rico a pedir se atreve,
sin conocer el muy necio
que Dios se le envía adrede
para que de su riqueza
parta con él como debe,
muy serio y muy mesurado,
entonando de falsete,

con un Dios le ampare hermano
sereno a Dios se le vuelve.

El otro que por su culpa,
o la de sus ascendientes,
yace en escasa fortuna,
y en ella cuasi perece:
porque viene de los Godos,
y tiene ricos parientes,
a oficio ni beneficio
darse ni aplicarse quiere:
pues en su hueco concepto,
servir es poco decente,
soldado raso, bajeza,
desairado lo escribiente;
y en sus deudos confiando
siempre y en vano, pretende
que éstos le mantengan, y ellos
dicen que antes son sus dientes;
con cuya vana esperanza
da lugar muy tontamente
a que una de las tres casas
de piedad al fin le hospeden.

El Niño metido a hombre
cuando aún a pañales huele,
queriendo dar documentos
el que recibirlos debe,
que no deja con su necia
importuna, impertinente
afectación de cordura,
alguna a quien no degüelle:
aparentando un juicio
y discreción que no tiene,
ni puede tener, pues pocos
altos, y por consiguiente
poca o ninguna experiencia
y menos ciencia, no pueden,
por temprana y despejada
que en él la razón se muestre,
por mucho que adelantado
el discurso en él se obste,
dar de sí cosa que valga,
y sólo prometer pueden.

Pues como dijo un juicioso

muy bien, y oportunamente
en su fina, aguda, y justa
crítica de Doctorcetes,
por una de tres maneras
puede el hombre solo hacerse
sabido y si no me engaño,
dice que son las siguientes.

O por haber visto mucho,
o leído atentamente
mucho y bueno, o estudiado
bien, y cuanto se requiere:
y claro está que ninguna
de las tres toca, o compete
a quien del tiempo, cimiento
de este edificio, carece.

El Viejo, con las dolencias
de mozo y sus accidentes,
queriendo que muchachadas
parezcan las caduqueces;
sin mirar que el que no sabe
cuerdo, discreto y prudente
adaptar a las edades
y a los tiempos los placeres;
pues cada una los suyos
si sabe elegirlos tiene
es la mofa de los sabios,
y la risa de las gentes;
porque en todas circunstancias
dicen muy mal y se avienen
una cabeza ya blanca
y los pensamientos verdes.

El esmerado Modista,
a quien por mote o motete,
sin saber lo que se dice
llama el vulgo petimetre,
como si acaso, digamos,
en esto decir quisiese
semi-señor, semi-usía,
semi-algo, o señorete;
en extremo cuidadoso
de exteriores pulideces,
de la compostura, el garbo,
los perfumes, el pebete;

y descuidado en un todo
necia y lastimosamente
de los adornos del alma
y sus virtudes, no advierte,
que espirar el cuerpo olores,
y el ánimo hediondeces,
es ser sepulcros blanqueados
y muladares lucientes.

Las Solteritas, tan sueltas
algunas, que quien las viere
dirá no sólo que padres
ni perro que ladre tienen,
sino que apostar a libres
con las repúblicas pueden
más famosas, aunque en ellas
Ginebra y Liorna entren.

Los hombres muy persuadidos
que jamás envejecen,
aunque todo les indique
sus fuerzas ya decadentes,
sin poder averiguarse,
ni comprender, ni saberse,
donde han hallado tan rara,
y tan ridícula especie,
pues para desengañarse,
de que no logran ni tienen
tal privilegio, que corren
parejas con las mujeres,
que el tiempo todo lo acaba,
y en dudarle se parecen
al ciego que ser soñaba
lo que deseaba fuese.
No hay sitio poner dejando
otras pruebas evidentes
un hombre de cincuenta años
junto a un muchacho de veinte:
un otoño seco, al lado
de estas primaveras verdes,
y hallarán la diferencia,
hasta los topos patente.

Los Jugadores, polilla
de las haciendas y haberes,
contra los que se han dictado

tantas y tan justas leyes,
sin que ninguna bastante
sea, por más que se esfuercen,
a exterminar la semilla
de raza tan pestilente:
a los cuales aplicarse
con mucha propiedad puede,
lo que un Histórico insigne
a otro asunto nos refiere,
hablando del lujo y vicios
en que habían comúnmente
dado un tiempo los Romanos,
tan famosos otras veces,
diciendo que habían nacido
en aquéllos unas gentes,
que ni podían ser ricas,
ni sufrir que otros lo fuesen.

En cuya ocupación torpe,
el que a ella se aplica, pierde
tres cosas, las más preciosas
que el hombre racional tiene:
que son la opinión, el tiempo,
y la conciencia; y si quiere
ver cómo y por qué razones,
escúchelo brevemente:
la opinión, porque si es rico
o tiene algunos haberes
y los juega, luego el nombre
de disipador adquiere,
de destructor de su casa,
de arruinador de sus bienes,
y por precisa secuela,
de nocivo a sus parientes:
y como tal es muy justo
que el rigor experimente
de la ley que para éstos
dada el buen gobierno tiene:
porque ninguno dañoso
a otro ninguno ser puede,
que antes benéfico a todos
por obligación ser debe.

Y si es pobre y juega, dicen
que se auxilia malamente
del juego, y con malas mañas

gana para sostenerse:
concepto el más vergonzoso
e infame que tener puede
quien quiera; pues un paliado
ladrón, se dice que es ese:
y esta de los jugadores
la clase más indecente
es, más baja y abatida,
y de ellas la ínfima plebe,
altamente despreciada
de los que apreciar supieren,
pues los zánganos son estos
de la república siempre,
que después que no concurren,
con su sudor como deben
al bien general, sus frutos
consumen injustamente:
por lo cual es muy debido
que a ejemplo de la prudente
de las cantadas abejas,
se excluyan de ella, y desechen:
de la pérdida del tiempo
no hay para que detenerse
en hablar, pues está claro,
y más que claro patente,
que además de ser precioso
por lo corto, ciertamente,
no se le dio con la vida,
para que en jugar le emplee,
sino para que atendiendo
juiciosa y prudentemente
el fin para que esos dones
le han franqueado eminentes,
de ellos, sabiendo ponerlos
en buen uso, se aproveche,
para poder alcanzarle
como a un racional compete:
y de la conciencia el daño
basta para conocerle,
reflejar lo que la sacra
divina ley le previene,
mandándole que no quiera
para otro lo que no quiere
para sí, y que mal alguno
ocasiona al que amar debe:
no solo de obra o palabra,

mas ni de un deseo leve,
pues le dicen, que medido
será conforme él midiere.

Y siendo así que el que juega,
y muy señaladamente
el que es jugador de oficio
para por él mantenerse,
no anhela y tira a otra cosa
que a quitarle ansiosamente
al otro por ese medio
ilícito, cuanto tiene:
de intención tan sana y buena
podrá inferir fácilmente
cualquiera el inmenso abismo
de maldad en que la mete.

El que se avergüenza y corre
de que se diga o se piense
que ama o ha amado de veras,
y como afrenta lo siente,
jactándose al mismo tiempo,
de correr los indecentes
campos del vicio y lujuria,
muy desenfrenadamente;
pareciéndole al muy necio
que el ser vicioso es ser fuerte,
y que el amar propio afecto
de un racional es ser debles,
cuando no hay prueba más cierta
de ser brutos, y ser febles,
que la de a estímulos solos
animales conmove: se:
sin voluntad en el gusto,
sin elección en la mente
que preceda al movimiento
bestial, cual si bruto fuese:
como ya en otro discurso,
con razones congruentes,
manifestado y probado
lo tengo extendidamente:
y como un agudo Alcalde
de un lugar, chistosamente
lo dio a entender en un caso
que referirse merece:
en el que habiendo un vecino

de aquel pueblo casualmente
perdido un burro, y creyendo
que robado se lo hubiesen,
fue presuroso a pedirle
al Alcalde dispusiese,
que para encontrar su burro
pronta e infaliblemente,
las casas de los vecinos,
y aun de amigos y parientes,
todas, sin exceptuar una,
mandase reconociese:
hízolo, ni más ni menos,
como lo pidió, el prudente
Alcalde, y como no obstante
el burro no pareciese,
el hombre con el deseo
de hallar su burro, impaciente
las instancias repetía
al Juez importunamente,
y aún a descuido y desidia
en las diligencias de este,
achacaba que su burro
parecido ya no hubiese:
por lo que el discreto Alcalde,
cansado de tan perenne
porfía con que le andaba
moliendo continuamente,
desesperando que el burro
encontrar ya se pudiese,
y queriendo contentarle
con algún equivalente,
mandó que en plazas y esquinas
del lugar, y en diferentes
de aquellas inmediaciones,
fijasen unos carteles,
en que un premio exorbitante
se ofrecía a quien supiere
o hallase un hombre que nunca
de veras amado hubiese:
luego se halló un codicioso,
que creyendo enriquecerse
por ese medio, a sí propio
se delató simplemente,
diciendo que él, el prodigio,
el Ave fénix, el fuerte
era, de quien se podía

cantar cosa tan solemne:
entonces el diestro Alcalde
mandó atarle fuertemente
a un ramal, como un jumento,
y que al del burro le lleven,
diciéndole allí tenía
lo que tan vehementemente
buscaba, y que con más burro
no volviera ya a molerle.

El que de Escritor el nombre
a poca costa pretende
conseguir, y para eso
mutilando osadamente
las obras más veneradas,
más famosas y excelentes
de antiguos y de modernos,
las destroza de tal suerte,
tomando de unos las piernas,
de otro la cabeza y frente,
de otro los hombros y brazos,
de otro el estómago y vientre,
que un monstruo más horroroso
que el que Horacio nos previene
en su poética insigne,
compone atrevidamente:
y pegando a las sentencias
óptimas, infelizmente,
de aquellos grandes ingenios
sus propias insipideces,
al público da una obra
inútil, impertinente,
y por nuevo lo muy viejo
y rancísimo lo vende:
sobre lo que era muy justo
se celase atentamente,
y se estableciera un recto
Juez, severo, inteligente,
que esas falsas mercancías
antes que a la luz saliesen,
cotejase, examinase,
mirase y reconociese,
y que, como a contrabando
el más nocivo y aleve,
toda la que así se hallara
por decomiso se diese:

obligando a los que el noble
deseo de saber tienen,
a que la ciencia y nociones
busquen en sus propias fuentes:
en aquellos admirables
originales perennes,
donde con método y orden
se hallan, y clara corriente:
y no en esos arroyuelos
miseros, insuficientes,
que sólo la arena suelta
y guijos duros ofrecen:
y no pudiendo ser ricos
y opulentos mercaderes
de géneros tan preciosos,
quinquilleros se meten:
para lo que no sería
despropósito se hiciese,
publicación cada un año
de los Autores solemnes,
que en todo asunto y materias
distintas y diferentes,
han, en todo tiempo y siglos,
escrito acertadamente:
a fin de que los incautos
y simples se precaviesen,
y que esos falsos tratantes
no les den gato por liebre:
cuyo desorden a voces
pidiendo está se remedie,
pues no hay ciencia alta ni baja
moral, política, leyes,
geografía, astronomía,
y hasta la muy eminente
respetable teología
con todos sus adherentes;
medicina, poesía,
y de esta singularmente
dramática en que no se haya
introducido esa peste.

Los Impíos, a los que algunos
llaman espíritus fuertes,
y a quienes fuera más propio
llamar espíritus febles;
pues que por ser unos flacos

débiles inteligentes;
de enormísimos absurdos,
de cosas que ser no pueden,
en lugar de las verdades
que a los que saben, patentes
se les hacen y demuestran,
embuten sus tristes mentes:
y porque del verdadero
valor y esfuerzo carecen,
de la habilidad, y acaso
de la ciencia suficiente:
que el asunto y su grandeza
para poder defenderle
con majestad, con acierto
y con dignidad requiere,
y también por los vapores
de vicios que les empecen
la vista, lo que otros, ellos
comprender ni alcanzar pueden:
echando por el atajo
de los necios torpemente,
materialistas groseros
niegan, cuanto no comprenden
sin querer inadvertidos
el debido cargo hacerse,
de que así como la vista
corporal, su esfera tiñe,
sus límites y sus cotos,
de los que pasar no puede,
pues pasados éstos, nada
penetra, alcanza ni ve,
el humano entendimiento
asimismo, e igualmente
tiene los suyos, y de éstos
si exceder o pasar quiere,
auxiliarse necesita
cuerdo para no perderse,
en tantas inmensidades
como a su vista se ofrecen,
de los microscopios sabios
y telescopios fieles
de la fe y revelaciones
que las distancias acerquen;
con los que distinguir pueda,
con los que alcance y penetre
lo que él por sí, y sin su ayuda

en vano alcanzar pretende:
por filósofo que sea,
por más que estudie y supiere,
y por más que por su estudio,
de hábil y sabio se precie:
pues como dice un sabido moderno,
generalmente estimado y aplaudido
del gremio de los sapientes,
la Filosofía sola
no es tribunal competente
de la religión, porque esta
su jurisdicción excede:
pues por su ser tan supremo,
su calidad eminente,
y su superior esfera
no está sujeta a sus leyes:
y así de los argumentos
de éstos, deben los prudentes
hacer el caso y aprecio
que un cuerdo hiciera si viese
que un ciego de nacimiento
se empeñase y pretendiese
persuadir al que de vista
hubiese gozado siempre,
que no puede haber colores,
y se mofase y riese
de oír decir que habían blanco,
azul, encarnado y verde;
púrpura, violado, o negro,
porque él, miserablemente,
de la luz está privado
con que sola pueden verse:
pregúntase, pues, cada uno
a sí propio interiormente,
¿cuál de estos dos, en tal caso
la burla y mofa merece,
el que por su buena vista
ve todo lo que ver puede,
o aquel que por falta de ella,
no ve lo que todos ven?

Y por conclusión, adviertan
los tales pseudo-sapientes,
para eterno desengaño
de sus necios pareceres,
que dice también el mismo

sabido, oportunamente,
que el saber poco, artistas
miserables ha hecho siempre:
y que el saber verdadero
conduce infaliblemente
al conocimiento y ciencia
de Dios, cual tener se puede.

El inicuo Poderoso
violando fueros y leyes
persuadido a que su gusto
y antojo es ley solamente,
sin advertir, que medirse
por el deber, lo que puede
debe todo hombre, y que sólo
se puede, lo que se debe.
Pues como individuo humano
y como racional ente
es preciso y es debido
que a la razón se sujete:
porque así como del bruto
la brida o freno que mueve
la diestra mano, es el móvil
que adonde importa le vuelve,
así la razón, al hombre
ha de ser la que le lleve
donde convenga, y guiada
de la fe, rija y gobierne.
Que no es el poder y mando
el que famoso ha de hacerle,
si no el uso bueno y justo
que de su poder hiciere.
Pues nadie hasta ahora ha negado
que poderosos no fuesen
los Neronos, los Tiberios,
los Calígulas crueles;
un Heliogábalo infame,
un Sardanápalo aleve,
un Diómedes inhumano,
un Baltasar insolente:
y sin embargo, sus nombres
serán, son, y han sido siempre
por su proceder inicuo,
la execración de las gentes:
cuya verdad, las historias,
rectos y temibles Jueces

de las acciones humanas,
de mandos, y de poderes,
unánimes lo confirman,
nos lo atestiguan contextos,
desde el norte al medio día,
y desde oriente a poniente:
al contrario los Trajanos,
los Ariadnos solemnes,
un Antonino piadoso,
un Numa, un Tito clemente:
los magnánimos, augustos,
ínclitos, munificentes,
Constantinos, y constantes
los Teodosios eminentes:
un Camilo esclarecido,
un Pelopidas valiente,
un Dion siracusano,
un Epaminondas fuerte;
los Catones, los Cipiones,
un Aristides paciente,
un Pisistrato, Alcibiades,
y Pericles elocuentes;
un Solón, dictando humano
justas y piadosas leyes,
y trayendo la memoria
a sucesos más recientes,
un San Fernando Glorioso,
dechado de toda suerte
de virtudes, Rey preclaro
de España, ejemplo de Reyes:
que en una ocasión estrecha,
crítica extremadamente,
en que forzosa la guerra
se hacía con los infieles,
no habiendo medios para ella,
pidiendo los pareceres
a sus nobles consejeros
para poder resolverse;
no hallando éstos otro arbitrio
en un caso tan urgente,
que el de una nueva derrama,
aunque esta gravosa fuese;
viendo el Santo que este medio,
por hallarse el Reino y verse
gravosamente cargado
ya de otras antecedentes,

no era admisible a su noble
piadoso ánimo y clemente,
con resolución heroica
les dijo resueltamente,
que si otro mejor no hallaban,
del propuesto desistiesen,
aunque abandonar la empresa
para eso preciso fuese;
porque una maldición sola
temía más si justa fuere
de una pobrecita vieja
de sus reinos ¡oh excelente!,
que todos los enemigos,
que las guerras y la muerte,
y de la fiera morisma
las innumerables huestes.

El Hipócrita malvado,
el Anti-deísta aleve,
que para poder ser malo
y perverso impunemente,
de la apariencia se viste
de la virtud que no tiene,
costándole más que el serlo,
el parecer penitente:
y de ella armado a su salvo,
como de castillo fuerte,
dispara sus tiros fieros,
y hace todo el mal que quiere,
sin que nadie se le atreva
a chistarle, ni a oponerse,
por si acaso las virtudes
le adornan, que él aparece:
porque es tanta su hermosura,
que aun fingidas y aparentes,
se concilian las virtudes
los respetos reverentes;
bien que la Sabiduría
infinita nos advierte,
que si conocer queremos
de esos falsarios alevos,
de esos lobos carniceros
revestidos de las pieles
de ovejas, los artificios,
los engaños y dobleces,
atendamos con cuidado

miremos atentamente
sus acciones, sus intentos,
sus hechos y proceder,es,
sus obras, no sus palabras,
y veremos claramente
qué son; porque un árbol malo
dar fruto bueno no puede.

El otro, que por su mucha
fragilidad, en frecuentes
debilidades incurre,
sin poder cuasi valerse:
que aburrido de sí mismo,
del sentimiento de verse
tan flaco y tan miserable,
se despecha neciamente,
y dándose por vencido,
contemplándose ya inerme
contra el enemigo fiero
que continuo le acomete,
desconfiado el vencerlo,
porque espíritu no tiene
bastante para arrostrarlo,
y saber de él defenderse,
desesperado se entrega
a excesos, y a toda suerte
de vicios y de torpezas,
necia y lastimosamente:
y como incapaz sería
de dar generosamente
al olvido él las ofensas
que de otro sufrido hubiese,
queriendo por su pacato
ánimo, y su insuficiente
poder, medir indiscreto
el del todo Omnipotente:
porque le ofendió, no espera
de la pena que merece
librarse, y tras el caldero
la sogá echando imprudente;
pareciéndole ignorante,
que sus excesos no pueden
alcanzar perdón, a todos
se abandona enteramente:
ofendiendo más en esto
a aquella fuente perenne

de gracia y misericordia,
que en cuanto excedió insolente:
porque con eso, atrevido
lo infinito medir quiere
por lo finito, y con ella
a compararse se atreve;
debiendo antes, por lo mismo,
más agradecido serle;
pues cuanto más le ha sufrido
y aguantado, más le debe:
y debiendo su flaqueza
y poquedad, igualmente
ver y llevar con paciencia,
y que ésta no lo exaspere:
pues si con caridad mucha
las de sus próximos debe
mirar, ¡cuánto más las propias
debe ver pacientemente!
Y que éstas le sirvan sólo
para no ensoberbecerse,
para abatirse, humillarse,
y a sí propio conocerse:
para no fiar de sí mismo,
sino advertido temerse,
reconociendo lo nada
que por sí solo ser puede.

Su opuesto, que confiado
vana y temerariamente
en una bondad inmensa,
no hay maldad a que no atente;
y porque es bueno sin rasa,
el que temerario ofende
sin límite, las ofensas
repite insolentemente:
sin que en el horrible curso
de sus excesos, se acuerde
de que hay premio, y hay castigo,
de que hay juicio y hay muerte:
y dando la vigorosa
juventud a los placeres,
a inútiles pasatiempos,
y a entretenimientos leves,
no pudiendo ignorar necio
que del hábito proceden
los actos, y que estos mismos

a reproducirle vuelven,
sin haber quizá en toda ella
tenido un solo acro fuerte,
de hábito así careciendo
bueno consiguiientemente,
en la vejez fría espera,
en sus fuerzas ya cadentes,
en su desmayada vida,
y parasismos crueles,
tener los vivos afectos,
los sentimientos ardientes,
y las fervorosas ansias
por milagro y de repente,
que para lograr la gracia
y el perdón de sus perennes
excesos y demasías
se necesita y requiere:
¡qué en vano espera, y que necio
será el que infundadamente,
con sacrílega osadía
se haga cuentas tan alegres!
Pues los ejemplos, y el dicho
de un gran Santo, y juntamente
muy docto, nos evidencia
con sucesos bien frecuentes,
que por el regular orden,
según se vive, se muere;
y que conforme es la vida
se debe esperar la muerte.

El inconstante y mudable,
el vario, el inconsecuente,
que nadie entenderle acierta
ni él a sí propio se entiende:
pues anhelando mañana
lo mismo que hoy aborrece,
y esotro día aherrojando
lo que procura el siguiente;
ya no quiere lo que quiso,
ya lo que no quiso quiere;
y hecho un enigma, o esfinge
tan fiera como vehemente;
así como el de la historia
o fábula nos refiere
que despedazaba airado
al que no sabía entenderle;

del mismo modo, furioso
del sentimiento de verse
en medio de los manjares
y de deliciosas fuentes,
como Tántalo ambicioso
por no saber entenderse
miserablemente acosado
de la hambre y la sed ardiente,
y que por querer de todo
gozar, de lo más carece,
sañudo, contra sí propio
y contra todos revuelve:
de quien el buen moralista
nos aconseja y advierte,
guárdarnos, pues aunque luego
sus vicios no comparecen,
como capaz de ellos todos
nos dice se le contemple,
pues de todos en él se hallan
las semillas o simientes:
como se vio en Witiza
y en Nerón, furiosas pestes
del universo, y horribles
ejemplos de inconsecuentes:
pues habiendo sus gobiernos
empezado felizmente
los dos, siendo ambos de todos
las esperanzas alegres;
deshaciendo el uno agravios
del reinado antecedente,
llorando el otro de pena
cuando sentenciaba a muerte,
de tal modo estos dos monstruos
trocaron los caracteres,
que no hubo vicio por torpe,
enorme, y grave que fuese;
crueldad, por grande, inhumana,
y horrenda que pareciese,
que estas dos fieras con gusto
no ejecutasen, e hiciesen:
hasta decir uno de ellos
que deseaba tuviese
sólo un cuello todo el mundo
para de un golpe romperle:

¡Oh inconsecuencia! ¡temible

dolencia de los vivientes!
¡qué de horribles mutaciones
causas lastimosamente!
Pues se ha visto, no una sola,
sino repetidas veces,
que hombres que el vino y licores,
aborrecían mortalmente,
después, por su inconsecuencia,
han mudado de tal suerte
de afición, que han perecido
abrasados de beberle:
dejo aparte lo que en esto
la gracia reprimir puede,
y lo que una señalada
buena educación enmiende;
o lo que un entendimiento
gallardo, si atentamente
sus defectos considera,
puede corregir, si quiere:
como aconteció al famoso
Filósofo, a quien al verle
un grande Fisonomista
dijo a voces francamente,
que era aquel su estudio vano,
y todas sus reglas mienten,
si aquel hombre el más perverso
de los nacidos no fuere;
a lo que aquel verdadero
Filósofo, ingenuamente
replicó, que así en efecto
era forzoso que fuese,
si él acaso contenido
el impetuoso torrente
de sus afectos y malas
inclinaciones, no hubiese.
El Caballerito nuevo,
el Señorito reciente,
con su nobleza flamante,
muy grave de puro leve:
que ayer apenas era algo,
y hoy por tanto ya se tiene
que quizás no halla en el orbe
lugar para él competente,
tan nimiamente observante
del tratamiento; que si a éste
le faltan, Dios nos asista,

ofensa es esta indeleble:
y si el infeliz criado
se equivoca algunas veces,
y en vez de la señoría
se le escapan las mercedes,
allí es troya, allí es mirarle
airado, y allí es el verle
tan enfurecido y ciego,
que juzgarán que enloquece:
dando ocasión estos necios
con tales ridiculeces
a lo que un su semejante
la dio, en gran risa de gentes:
que habiendo, so graves penas
mandado a sus dependientes
la observancia rigurosa
de esta patraña, o juguete;
una mísera criada
que quería obedecerle
con todo rigor, y en todo
observarle puntualmente:
pareciéndola posible
que tanta la virtud fuese
de aquella voz, o sonido
de preeminencia aparente,
que para comunicarla,
en fin, también la tuviese
a todo lo que a su amo
señoría perteneciese,
aunque fuera lo más sucio,
y más asqueroso fuese,
más inmundo, y más hediondo,
más torpe y más indecente;
habiendo la digna esposa
de amo tan señorete,
malparido, por desgracia
a ese tiempo justamente,
y habiéndose puesto el fetus,
como acostumbrarse suele,
en una vasija o vaso
para los que verle quieren,
mandándole a la criada
su ama que le trajese
para enseñarle a un curioso
que tenía gusto de verle;
no hallándole la cuitada

dolido le había puesto, al verse
sin aquella noble alhaja,
espantada a su ama vuelve,
a grandes voces, diciendo,
afligidas y dolientes,
que el gato a su señoría
se había comido insolente:
no advirtiéndolos estos menguados,
estos necios o dementes,
que el tratamiento es aviso
no más, de lo que ser deben:
es voz que de su gran cargo
y obligación les advierte,
no vanidad y sonido
que su soberbia alimente:
que al señor la señoría,
la excelencia al excelente,
la ilustrísima al ilustre,
la alteza a los preeminentes,
a todos de un mismo modo
les amonesta y advierte,
que sus hechos sean preclaros,
sus acciones excelentes,
sus pensamientos señores,
ilustres sus procederés,
elevados sus deseos,
sus empresas eminentes:
que no hereda esos dictados,
quien por herencia los tiene,
para pasar descansado
su vida, en vanos deleites,
entregado a torpes gustos,
dado a inútiles placeres,
que del bruto y sus funciones,
apenas le diferencien:
o en vil ocio sumergido,
que parezca se reserve
como los caballos padres,
para casta solamente:
sino para que a su Patria
y a su Rey, y juntamente
a la Religión, dediquen
sus sudores reverentes:
ya por letras, ya por armas,
ya también por excelentes
escritos, que al mundo eternos

fama y nombre de ellos dejen:
que de este modo sus nobles
y gloriosos ascendientes,
aquellos héroes preclaros,
aquellos campeones fuertes,
ganar y adquirir supieron
lo que en ellos al presente,
sin sudor y sin trabajo
propio, tanto resplandece:
que pues la nobleza es hija
de la virtud eminente,
la virtud hija preclara
de la nobleza ser debe:
ni aquel que por su fortuna,
o por sus servicios fieles
los consigue, con el vano
nombre sólo se contente:
sino el ánimo elevando
a empresas que dignamente
le hagan famoso, acredite
por sus nobles procederés,
que aquel que por sus acciones
y virtudes eminentes
sabe adquirirlos, es sólo
el que heredarlos merece:
y no sean unos y otros
de los que dijo un prudente,
que cual estúpidos brutos,
y cual inútiles reses,
sin dejar de sí memoria,
como hatos solamente
de ovejas, el mundo pasan
como si sido no hubiesen.

La Dama poco instruida,
mal impuesta en los deberes,
y en las heroicas virtudes
que el bello sexo competen;
locamente enamorada,
y atraída fútilmente
de los que llamó un discreto
embustes resplandecientes,
cree, que donde no hay preseas,
donde no hay galas, no hay trenes,
coche, libreas, equipajes,
encanto de cascabeles ;

plumajería, volantes,
que sus vanas altiveces,
con su descrédito y mengua
publiquen y manifiesten;
sortijón, que de rodela
alguna vez servir puede,
perlotas, aunque no sean
de las que cría el Oriente:
grandes hebillas, que honores
de las de guarnición tienen;
con cuyo peso y tamaño
el pobre pie se moleste:
pedrería, preciosidades,
joyas, dijes, pelendengues,
el mérito y la hermosura,
ni parece ni merece:
a cuyo error, muchos necios
de los que continuamente
la cercan y la rodean,
dan lugar con sus sandeces:
pues estos insustanciales,
que de hombres solamente
la figura y apariencia
conservan por accidente,
y aun está desfigurada,
y desconocida a veces,
con tanta figurería
con que adulterarla quieren:
éstos, pues, mengua y desdoro
de la racional especie,
no le hallan donde no existen
esas falsas brillanteces:
y mientras de las de coche
su vista flaca y endeble
les abulta perfecciones
que ni hay ni quizá haber puede;
de las que a pie se pasean,
por mucho que centelleen
sus luces y sus reflejos,
ni las ven, ni verlas quieren.
¡Oh coche, y lo que con estos
estúpidos mequetrefes,
tu altura de poco menos
de vara del suelo, puede!
Pues con ella haces que en algo
la nada se represente,

y les parezca oro fino,
el similar y oropeles:
mas también a las que en ella
al público se presenten,
esta sonora trompeta
de verdades, les advierte,
que miren bien como en ella
se manifiestan y ostenten,
pues así como de lo alto
las gracias más resplandecen,
así también los lunares
y fealdades dejan verse,
pues cuanto más altos, se hacen
los defectos más patentes:
para estos tales, pues, donde
no hay coche, galas, afeites,
que a cualquiera olfato bueno
desde mil leguas le apestan;
donde no brilla la nada,
lo inútil, lo impertinente,
no hay hermosura que valga,
ni discreción que no ruede:
y por sólo un besamanos
de la que en coche aparece,
darán la mejor fineza
de la que a pie se pasee:
por los que todo buen juicio
sensato; debidamente
podrá exclamar, ¡oh costumbres!
¡oh tiempo! ¡oh mísera gente!
Y para desengañarlos,
si desengañarse pueden
engañosos tan gustosos
con su engaño, y tan dolientes,
no será fuera del caso,
para que mejor acierten
a discernir lo que es cierto,
de lo que es sólo aparente,
que de la historia Romana,
fecunda en hechos solemnes,
y en heroicos ejemplares,
uno famoso les cuente:
éste, la grande Cornelia,
de la familia eminente
de los Scipiones, y madre
de los Gracos excelentes:

tan hermosa como honesta,
tan sabia como prudente,
y tan cuerda como sabia,
nos le presenta y ofrece,
en ocasión que otra Dama
Romana, muy diferente
de aquella en dignos empleos,
en índole y caracteres,
en pensamientos, deseos,
en gustos correspondientes,
y ocupaciones, que al alma
a cosas grandes la eleven:
hizo un viaje, en que forzoso
le era un día solamente
en la casa de Cornelia
hospedarse y detenerse:
y persuadida pensando
como piensan comúnmente
los más, que en esto son unos
los hombre y las mujeres,
que en casa tan distinguida
no podría decentemente
estar sin que las riquezas,
las joyas y los arneses,
los diamantes, esmeraldas,
y las perlas relucientes
se ostentasen, y quien era
su digno dueño dijese;
a una criada, a su arribo
mandó cuidadosamente,
que para cuando Cornelia
a visitarla viniese,
a la vista esas lucidas
y brillantes pequeñeces
pusiera, y que no faltara
ni una, si ser pudiese:
obedeció la criada,
y viniendo finalmente
Cornelia a cumplimentarla
atenta y graciosamente;
después de los regulares
cumplimientos, y corteses
expresiones, que es costumbre
en tales casos hacerse,
la Huéspedada empezó luego
a mostrarla diligente

sus galas y sus preseas,
sus diamantes y joyeles;
y enseñados, al instante
pidió encarecidamente
a Cornelia, que los suyos
manifestarla quisiese:
Cornelia sin inmutarse,
riéndose interiormente
de aquellas debilidades,
que por tal deben tenerse;
aunque como tan discreta
también se compadeciese
de ellas, como en tales lances
a un alma grande sucede;
con mucho agrado y dulzura
la respondió cortésmente,
que el gusto de complacerla
en eso, tendría en breve:
y alargando los discursos
y conversación adrede,
para dar lugar y tiempo
discreta y mañosamente,
que sus hijos, a los cuales
una crianza excelente
deba, de la noble escuela
a su casa los volviesen;
tomándolos por la mano
los llevó ufana y alegre
a su huéspeda, diciendo,
aquí tenéis ya presentes,
mis adornos, mis arreos,
mis alhajas y joyeles;
mi ostentación y riqueza,
y mis joyas más lucientes:
éstos son, pues, mis tesoros,
mis galas, mis ricos muebles,
mis diamantes, esmeraldas
y mis preciosos haberes:
con cuya heroica respuesta
Cornelia discretamente
a su huéspeda enseñada
dejó, a distinguir de bienes:
y a saber en adelante
diferenciar sabiamente
los reales y verdaderos,
de los que son aparentes:

¡oh heroína sin segunda!
¡oh mujer heroica y fuerte!
¡oh norma digna de madres!
¡oh ejemplo de las mujeres!
que a todas, y a muchos hombres,
enseñar a pensar puedes,
y a diferenciar lo falso
de lo cierto y evidente.

Todos estos desatinos,
dislates, e insensateces,
que andando por ese mundo
se encuentran frecuentemente,
todo me da gusto y risa,
todo me alegra y divierte;
en todo jovial encuentro
materia en que complacerme:
y un Demócrito risueño
hecha, y no un Heraclio agreste,
aunque tan sumas dolencias,
tan graves y tan perennes
miradas como miserias
humanas, compadecerme
debían, y lastimarme
con Heraclio tristemente;
por aquella única parte
de extrañas ridiculeces
que incluyen, a risa sólo
mi humor y genio promueven:
y así en todo me divierto
repito una y mil veces,
y en todo el corazón halla
con gusto en que entretenerse:
al contrario del que necio,
habiéndose infelizmente
dejado guiar del ciego,
dio en el lazo cruel y aleve,
que fieramente le oprime,
que le aprisiona, le prende,
y de la libertad privado,
cree gozar, cuando padece:
pues dedicando su anhelo
a un objeto solamente,
sin elección y sin gusto
para otro alguno le tiene:
y en medio de los concursos,

entre innumerables gentes,
sino está allí su idolillo,
sin ver una alma se vuelve;
tu, indiferencia plausible,
digna empresa del valiente,
repartición del discreto,
herencia de los prudentes,
haces que el alma las nobles,
prerrogativas que obtiene
de aquel que dárselas pudo,
sepa guardar, y conserve:
y que a otro su igual, rendido,
abatiendo indignamente
sus gloriosas excepciones,
al bruto no se asemeje:
por esto, y por otras muchas
excelencias que contienes,
que con más tiempo algún día
cantaré más dignamente
en tu templo, y en tus aras,
el desengaño, que indemne
de tan furiosas borrascas
me ha librado felizmente,
como el náufrago la tabla
que le salvó en sus paredes,
devota y agradecida
es justo que humilde cuelgue:
pues desde que en ellas vivo,
haces que en tan dulce albergue,
ni tema mal que se acaba
ni bien que no dura aprecie:
y con esto y un bizcocho
lector, pío, o inclemente,
fin a este cuento de cuentos,
daremos, si te parece:
y si acaso las verdades
y sentencias que refiere,
tu condición indigesta
guadua de pesadeces;
y amante de laconismos
afectados, te parece
que es muy largo, las locuras
de los hombres no son breves.
Pues si todas, y cada una
de por sí prolijamente,
como son, serán, y han sido

contar y decir se hubiesen,
algunos y muchos años
no serían suficientes,
porque no se podría en pocos
lo que en tantos se padece:
y por si acaso lo ignoras,
ten entendido y advierte,
que todo discurso, todo
raciocinio finalmente,
es perfecto cuando ha dicho
todo lo que decir debe,
y que el lodo y cada parte
se dice debidamente:
pues según el gran dictamen
de un famoso inteligente
de toda obra las razones,
no el tomo pesar se deben:
y si éstas no satisfacen
tampoco a tu displicente
genio, y en que es muy difuso
porfías erre que erre.
Y acérrimo laconista
quieres estarte en tus trece;
de enfados y de censuras,
pedantismos, critiqueces;
de torceduras de hocico,
de dimes y de diretes,
de gestos y de monadas,
te excusas con no leerle.